BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

SILVER KANE

UN LIO DE FALDAS EN EL INFIERNO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

261 — El cadáver está con nosotros, *Ray Lester*.
262 — El circo del miedo, *Curtis Garland*.
263 — Mi bella monstruo, *Lou Carrigan*.
264 — Final de trayecto: el Infierno, *Clark Carrados*.
265 — Hija de las tinieblas, *Curtis Garland*.

SILVER KANE

UN LIO DE FALDAS EN EL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 266
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.727 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

LAS CALAVERAS IBAN SALIENDO UNA A UNA.

Venían envueltas en tierra, en lodo, en una rara suciedad que se había ido acumulando con los siglos. Unas estaban rotas, otras casi milagrosamente intactas, pero todas producían a la luz de los focos la misma indefinible sensación de horror.

Uno de los que trabajaban allí musitó:

—Es como una pesadilla.

—Pues aguantas poco... ¿Nunca habías visto una calavera?

—Ciato que sí, pero tantas juntas no. Da la sensación de que uno, de pronto, se ha colado en el infierno.

La tierra tembló entonces levemente. Uno de los que estaban abajo barbotó:

—Maldita sea... ¡Ya viene otra vez el Metro! ¿Pero aún funciona a esta hora?

—No te preocupes. Es el último.

En efecto, el convoy se detuvo en la estación de Mairie d'Ivry, en las afueras de París, y de él descendieron unas cuantas personas que parecían sombras flotantes en la noche. Aunque en ese tramo el Metro corre al aire libre, las vibraciones se transmitían a bastante distancia.

Una de aquellas sombras flotantes que acababan de descender del vagón se deslizó por entre dos viejos edificios y miró la indicación que estaba puesta en una esquina: «CEMENTERIO DE IVRY. SERVICIOS ARQUEOLOGICOS DEL ESTADO». Hizo una mueca y siguió andando en aquella dirección.

Nunca es agradable ir a visitar cementerios, y menos en una noche tormentosa y con relámpagos cada vez más cercanos que lo van iluminando todo tétricamente. Además hacía frío y las calles estaban desiertas, lo que contribuía a acentuar aquella sensación de que uno estaba un poco en otro mundo.

El hombre, que llevaba un abrigo barato y las manos en los bolsillos, se guió por los focos, a poca distancia de la estación. Allí había una valla sin guardián y otro letrero que indicaba: «Prohibida la entrada a toda persona ajena a los servicios arqueológicos». Pero él no hizo puñetero caso y entró.

Pudo ver a unos cuantos hombres que estaban trabajando a la luz de los focos en una extensa zanja. De allí iban sacando calaveras en gran cantidad, que iban depositando a un lado.

Pese a que una calavera no impresiona a nadie, aquellas parecían tener algo de especial. Quizá era su suciedad, quizá la tremenda sensación de vejez que daban o tal vez la luz de los relámpagos mezclada a la de los focos, pero la verdad era que uno creía encontrarse de pronto en el decorado de una película de horror.

Uno de los que trabajaban en la zanja se volvió hacia el recién venido.

—Eh, Paul —dijo—¿tú aquí?

El que acababa de llegar era muy joven y tenía una sonrisa simpática. Ahora se apreciaba a la luz de los focos. No obstante su expresión era más bien triste y resignada cuando contestó sencillamente:

—Ya ves.

—¿Te dieron al fin trabajo en ese nuevo periódico, en el L'Informe? (*Periódico que ha aparecido hace poco en la capital francesa*).

—No. Fue una especie de enredo. Al final resultó que el propietario ya tenía un compromiso y colocó a otro.

—¿Y para eso te fuiste de Le Parisién Libaré?

—Imagina. Por querer cambiar, ahora me encuentro sin trabajo. De Le Parisién ya me había despedido en firme, o sea que no puedo volver. Llevo dos meses así, y después de la enfermedad de mi madre estoy sin blanca. Le he tenido que enviar dinero a Tours.

El de la zanja gruñó:

—¿Pues qué vas a hacer?

—No lo sé exactamente, pero puedo escribir artículos libres, publicarlos en varios sitios y abrirme camino otra vez.

—¿Y esto crees que tiene interés?

—Hombre, no todos los días encuentra uno docenas de calaveras a pocos pasos de la estación del Metro.

El técnico que dirigía las excavaciones salió de la zanja.

—Pues esto no tiene nada de espectacular, no creas. Hay bastantes calaveras, pero, ¿y qué?

—¿Quizá es un cementerio clandestino de la época de la ocupación alemana? —Preguntó Paul—. Eso siempre interesa.

—No... Estas calaveras tienen más de quinientos años, y por eso son la única parte de los restos que se conserva. El resto de los huesos ha quedado pulverizado por el tiempo.

—No deja de tener interés —dijo Paul, queriendo confiar en un futuro reportaje—. ¿Cómo sabéis que son tan viejas?

—Por los restos de medallas y monedas que también van apareciendo en el terreno. Parece que se trata de una colonia normanda, lo cual nos enseñaría bastantes cosas que aún no sabemos sobre la historia de París.

—¿Y por qué trabajáis siempre de noche?

—Porque de día hay demasiada gente por aquí.

—Oye... Pues algunas calaveras están muy bien conservadas —dijo Paul —. Por ejemplo ésta.

Y tomó una entre sus manos. En efecto, aparecía más intacta que las otras. A la luz de un relámpago repentino, las cuencas vacías parecieron mirarle desde más allá del tiempo.

—Es extraño... —musitó.

—¿El qué?

—En efecto, parece más nueva que las otras.

—No te extrañe. Depende de la zona de terreno en que se haya conservado. En fin, muévete por aquí, saca fotografías si quieres y pregunta lo que te dé la gana. Si encuentras tema o no para un reportaje, allá tú.

Paul musitó:

—Gracias.

Y en aquel momento un rayo que estuvo a punto de caer sobre ellos afectó a los tendidos eléctricos y apagó por unos instantes los focos, dejándolo todo sumido en la más completa oscuridad. La iluminación fue restablecida en seguida, pero para entonces algo había cambiado ya.

La calavera mejor conservada que las otras ya no estaba en su sitio. Había desaparecido.

* * *

LA MUJER SE TENDIO EN LA CAMA Y ALZO LAS PIERNAS.

Entonces dijo:

—Adelante.

En aquella postura hubiese resultado ideal para fotografiarla en una película «porno», pero sin embargo aquella mujer no era una profesional del amor. Al contrario, en la puerta de entrada del piso se leía en una placa blanca grabada con letra inglesa:

«PENSION LA CONFIANZA
CLIMA FAMILIAR MORALIDAD INTACHABLE»

En vista de que nadie entraba, la señorita de la moralidad intachable dijo con voz cargada de Impaciencia:

—¡Adelante, ondia!

Paul entró mientras decía:

—Con su permiso.

Pudo ver la cama y la señora tendida en aquella posición, como esperando la acometida del macho. Lo enseñaba todo, de tal modo, que cualquiera hubiese lanzado gritos de entusiasmo, porque además la señorita del clima familiar no estaba lo que se dice nada mal. Pero Paul se limitó a mirarla y a decir con voz opaca:

—Muy interesante, señora Blanchard. Su ropita íntima es de un color que yo no hubiera imaginado nunca.

Ella alzó la cabeza para mirarle entre sus piernas, cuya posición no había variado en lo más mínimo.

—Ah, eres Paul —dijo mientras exhalaba un Suspiro—. Bueno, de acuerdo, me sirves igual.

—Imagino, no sé por qué, que no me esperaba a mí, señora Blanchard —confesó con cierta timidez el periodista que estaba sin trabajo.

—No. Esperaba a Michel, el que trabaja de vez en cuando descargando bultos en las nuevas Halles.

—¿Y siempre le espera en esta posición?

—¡Sí, leches! —dijo la distinguida y honrada señora.

—¿Por qué?

—Porque el tío arremete ya desde la puerta.

Paul fue a largarse.

—No quiero estorbar —susurró—. Emigro por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—No sea que el tío venga lanzado desde el pasillo y se me cargue a mí.

—Oye, Paul —gruñó la honesta señora Blanchard—, no te vayas tan aprisa. Te he dicho que me sirves igual. Al fin y al cabo, tú también me debes dos meses de pensión.

—¿Es que Michel «le paga» de esa manera?

—¿Y por qué crees que lo aguanto, ondia?

Paul tragó saliva.

Llevaba tiempo evitando a la purísima señora Blanchard, mujer digna donde las haya, quien desde la muerte de su marido estaba poseída de una especie de estajanonismo erótico y se llevaba a todos los huéspedes jóvenes por delante. Pero cada vez lo veía Paul más difícil, sobre todo si pensaba seguir viviendo allí sin pagar. Y por eso había hecho un último intento.

—Queridísima patrona —dijo.

—No hablemos más, chato. ¡Al ataque!

—Oiga, espere, espere... He traído algo que le gustará, ya que sé que estoy en deuda con usted.

—¿Traer? ¿Qué?

—Usted siempre ha dicho que le gustaría tener en casa una calavera de verdad antigua. Pero antigua con ganas, oiga.

—Sí, es cierto. Lo que pasa es que quiero algo que tenga más de doscientos años. Una manía como cualquier otra. Me gusta tener cosas que las otras personas no pueden tener.

—Pues mire, aquí le traigo una.

Y sacó de debajo de su abrigo la calavera que acababa de robar de Ivry. La puso casi sobre la cama.

—Es la mejor conservada que había —dijo—. Y no crea que me ha sido fácil hacerme con ella.

—¿Cómo sé que es de verdad antigua?

—Se lo garantizo. Llévela para que hagan un examen científico, si quiere. La he robado mientras las sacaban de un viejo cementerio normando.

La mujer la miró.

Luego dijo con voz pastosa:

—Cierto, está muy bien conservada y me la quedaré, pero me estoy acordando de un antiguo refrán.

—Los refranes son una gran cosa, señora Blanchard: ¿Qué dice?

—Más vale tío en cama que Calavera en armario.

—No... no me diga.

—Sí que te digo. Hala, a moverse. O pagas o...

En cuestión de dinero, las mujeres son mucho más crueles que los hombres. Un tío hubiera planteado aquello haciéndole mil carantoñas a la chica, y encima dirían de él —con razón—que era un cabrito. A la señora Blanchard, en cambio, sólo le faltaba esgrimir up pistolón y nadie le decía nada.

Paul musitó:

—No me quedará más remedio que trabajar.

Y tuvo que apartar la calavera.

* * *

LA SENSACION DE LO INEXPLICABLE FLOTABA ALLI, EN EL AIRE.

Y, sin embargo, Paul, mientras se metía en cama —la suya—con gestos cansados, pensaba que nada inexplicable le había sucedido. Acababa de robar una calavera antigua que nadie echaría en falta. Acababa de tener que acostarse con la señora Blanchard, lo cual le convertía en una especie de mantenido, pero; en fin... ¿qué se le va a hacer? Muchos hubieran pagado encima por meterse en cama con ella. Son cosas que pasan, cosas que no le ocurren a uno todos los días, pero que en cualquier momento le pueden suceder.

Entonces, ¿por qué tenía aquella sensación de lo inexplicable?

¿Qué le sucedía?

No lo sabía, pero era como si en torno suyo flotara un misterio, una sombra, una amenaza. Era como si, de pronto, los viejos espectros descubiertos en Ivry se hubieran puesto a danzar dentro de la habitación.

Paul meneó la cabeza pensativamente mientras se miraba en el espejo del tocador. Este le devolvió un cuerpo musculoso y bien formado, una cara agradable, un pelo ensortijado y negro. Era joven y tenía la vida por delante. ¿Qué cuerno era lo que le hacía sentirse así?

No lo sabía.

Pero algo como una premonición flotaba en el aire.

Acabó de quitarse la ropa y fue a la ducha. Descorrió la cortina con un gesto brusco.

Y lo que ocurrió resultó más brusco aún.

Fue como una pesadilla.

Porque, alzando rabiosamente el cuchillo, la mujer que había estado detrás de la cortina saltó hacia él corno una loca.

CAPÍTULO II

OTRA PERSONA MENOS AGIL no hubiera esquivado la acometida mortal, pero él logró zafarse en el último segundo con un ágil movimiento de cintura. El cuchi lio le pasó rozando mientras la mujer caía junto a él, perdiendo el equilibrio al fallarle el golpe.

Paul sintió que le faltaba el aire, pero no a causa del miedo sino a causa de la sorpresa. La sostuvo mientras barbotaba:

—¡Señora Blanchard!

Aún la llamaba «señora» a pesar de lo que había hecho.

Ella se revolvió rabiosamente, intentando lanzarle una cuchillada al hígado.

—¡Maldito asesino hijo de la gran puta! —gritó, en una jerga que suele usarse un poco más arriba de la Porte de Clichy.

Él le sujetó la muñeca en el último segundo, esquivando aquella cuchillada. Los ojos desencajados de la mujer casi escapaban de su cara, mientras de entre los labios le resbalaba una espuma que parecía sanguinolenta.

Estaba casi repulsiva.

No parecía la misma.

Paul no lo pensó más. Le retorció la mano, haciéndole soltar el cuchillo, y luego le propinó un seco puñetazo al mentón. Como tenía la fuerza de un semipesado, la envió con las piernas al aire al otro lado de la estancia.

Ella repitió babeando:

—Maldito asesino hijo de... de...

—¿Pero qué pasa? —Barbotó Paul—, ¿Se ha vuelto loca? ¿O es que ese ardor que tiene ya le hace ver visiones? ¿De dónde ha sacado que soy un asesino?

—Lo... lo eres... Y además un... un...

Paul intentó calmarla con un gesto.

—Mire, señora Blanchard, yo no sé lo que le pasa, pero en todo caso no puede ser nada grave. Un mal momento... Eso es: un mal momento. Hace apenas una hora estaba usted conmigo la mar de satisfecha y diciendo que no necesitaba en este mundo nada más. Y, de repente, la encuentro acechando en mi cuarto y queriendo fabricarme una corriente de aire entre pecho y espalda. ¿Qué demonios le pasa?

Ella seguía teniendo los ojos desencajados.

Pero, de repente, sus fuerzas se habían hundido.

Ahora se había puesto a llorar.

Paul musitó:

—¿Quiere que llame a un médico, señora Blanchard? No le contaré nada de lo que ha pasado.

Obtuvo el silencio por respuesta.

—Escuche... Puede estar tranquila. Nadie va a saber lo que ha ocurrido aquí. Ahora, váyase.

Y le abrió la puerta.

Ella le seguía mirando fijamente.

Y Paul se dio cuenta de algo que no entendía.

Porque en aquella mirada clavada en su rostro había…HORROR.

¡Como si él fuera un monstruo!

Casi arrastrándose, la mujer salió.

Y Paul necesitó mirarse otra vez la cara para convencerse de qué ésta no había cambiado en absoluto. De que él no daba miedo a nadie.

Luego decidió meterse en cama, pero cerrando la puerta bien, no fuera que a la señora Blanchard le repitiese el ataque.

El silencio se hizo en la casa.

Una casa que, por primera vez en mucho tiempo, parecía una tumba.

Pero al fin Paul consiguió dormir.

No imaginaba que aquello era sólo el principio.

El principio de algo que sólo entenderían en el infierno.

* * *

—¡BRINDEMOS POR MI NUEVO TRABAJO! —exclamó Michel.

Al pobre tipo que eventualmente cargaba bultos en Les Halles y que además debía atender los caprichos de la señora Blanchard, le acababa de salir un nuevo empleo. No había dicho en qué consistía, pero, al parecer, reunía las tres condiciones de todo empleo deseable: era descansado, bonito y pagado espléndidamente. En fin... ¡Jauja!

Por eso había dado una fiesta en la pensión, a la cual estaban invitados todos los muertos de hambre que vivían en ella. Con su primer sueldo, Michel había comprado unos canapés, unas botellas y hasta un ramo de flores. Y aprovechaba el domingo por la tarde para invitarles a todos.

Allí estaban los huéspedes fijos, esos seres marchitos que languidecen en las pensiones mientras sueñan en el hogar que ya nunca tendrán. Allí estaba el viejo señor Meunier, a quien sus hijos habían abandonado y que vivía de un retiro miserable. Allí estaba la señora Mayen, que a sus sesenta años aún pretendía conquistar hombres por las cercanías de la rué des Arts. Allí estaba por fin Paul al que las circunstancias habían empujado a aquel ambiente sin que se supiera muy bien desde donde.

Allí estaban los sueños, las frustraciones, los resquemores de todos. Allí flotaba un cierto aire de tristeza que tenía algo de irreal y que en muchas facciones se iba haciendo patético.

Pero Michel, un auténtico semental, era un buen elemento para animar la cosa.

—¡Brindemos! —Repitió—, ¡Os juro que todo lo que os vais a comer está pagado!

Bebieron y tragaron mientras intentaban reír. De pronto Paul, que no podía disimular su inquietud, musitó:

—¿Dónde está la señora Blanchard?

La vieja Mayatte, que era Una especie de ama de llaves, dijo con una especie de secreto rencor:

—Usted sabrá lo que le hizo.

—¿Yo? ¿Qué le hice?

—Cuando llegó usted por la noche se encerraron en su habitación.

El viejo jubilado entendió en seguida de qué iba y suspiró:

—¡Ah! Si yo pudiera pagar la pensión de esa manera, mon Dieu...

Paul apretó los labios.

—Estuvimos hablando —le dijo a la chismosa señora Mayatte.

—Sí, y luego ella, no sé por qué, se metió en la habitación de usted.

—Es cierto —reconoció Paul.

—Y usted la echó.

—Tuve la sensación de que la señora Blanchard había bebido —dijo él, quitándole hierro a la cosa.

—Bueno, pues desde entonces se encuentra mal —rezongó la señora Mayatte—. No me ayuda en nada. ¡Como si yo no tuviera bastante trabajo!... Se pasa las horas en la cama mirando obsesionada no dirían qué.

—¿Qué? —preguntaron todos a un tiempo.

—¡Una calavera!

Paul sintió una especie de pinchazo en el cerebro, pero lo disimuló. Sujetando con fuerza la copa que tenía entre los dedos preguntó con voz opaca:

—¿Qué calavera?

La señora Mayatte le apuntó con el dedo acusadoramente.

—No lo pregunte, joven. La que usted le trajo.

—No tenía nada de especial... —susurró Paul—. Ella había pedido, hace tiempo, una calavera muy antigua, y ésta lo es.

—Pues parece que le obsesiona.

—No tiene sentido —musitó él.

Y miró al vacío.

Tuvo entonces y sólo entonces la brusca sensación Je que acababa de poner los pies en el infierno.

Fue una sensación fugitiva.

Intentó cerrar los ojos,

Pero de pronto tuvo que abrirlos otra vez. Porque se oyó aquel alarido ronco a un lado de la habitación.

Todos miraron hacia allí.

Y entonces vieron a la señora Blanchard.

El rostro de ésta era patético.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Sus brazos temblaban.

Y en su expresión volvía a haber aquella cosa inexplicable que Paul había notado la noche antes: HORROR

El grito ronco se repitió.

Y todo ocurrió en unos segundos.

La señora Blanchard atravesó la habitación de un terrible salto.

Fue hacia la ventana.

Rompió los cristales con el peso de su cuerpo.

Y el grito infrahumano, el grito de muerte llenó la noche.

Todo el cuerpo dio una trágica voltereta en el vacío.

Luego se oyó el TLOC siniestro al chocar el cuerpo con la calzada, cinco pisos más abajo.

La cabeza de la mujer se abrió y el cerebro salió despedido al aire.

CAPÍTULO III

—TODAVIA ERA BONITA —dijo el forense con expresión contrariada, mientras arreglaba un poco las facciones de la muerta—. A esta edad la gente no suele suicidarse, sobre todo si no tiene problemas económicos. ¿Usted qué piensa?

El gordo inspector Morell, que estaba acechando en un rincón oscuro de la sala, se removió, inquieto.

La pregunta del forense no había ido dirigida a Morell, sino a Paul, que estaba allí para la identificación, pero fue el policía quien contestó.

—Debía tener algún desengaño sentimental —gruñó—. Oiga usted, periodista muerto de hambre, ¿el lío sentimental con quién había sido? ¿Usted lo sabe?

—¿Por qué dice que soy un muerto de hambre? —susurró Paul.

—Porque sé que lleva dos meses sin trabajo y además se despidió sin cobrar indemnización.

—Eso es cierto —reconoció Paul.

—¿Usted tenía líos con la muerta?

—No.

—¿Lo dice porque es así o porque no quiere manchar su memoria?

—Porque es así —mintió Paul.

—¿Y ese semental barato de Michel que también vivía en la pensión? ¿Qué? ¿Ese tenía que ver con ella?

—No lo sé.

—De acuerdo, de acuerdo... —rezongó Morell, como si quisiera apresar a alguna víctima que se le escapaba por momentos—, está tuera de duda que fue un suicidio, pero si hay algo oscuro detrás de esto yo lo averiguaré. No olvide que la inducción al suicidio, o sea convencer a una persona para que se mate, también está gravemente penado por la ley.

—Parece como si me acusara, inspector.

—Sólo pregunto. Y oiga, periodista muerto de hambre, tiene usted mala cara, ¿sabe? ¿No ha podido dormir esta noche?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Arrepentimiento tal vez?

—No he de arrepentirme de nada.

—Pues algo le pasa, amigo. Tiene cara de desenterrado.

Y el poli se largó, sabiendo que había dejado ya sembrada la semilla. Ahora todo consistía en esperar que las cosas fueran madurando.

Paul cerró los ojos.

Otra vez aquella oscura sensación de pesadilla, de irrealidad... Pero, en nombre de los infiernos, ¿POR QUE?

Le pareció que no era él mismo quien hablaba cuando le preguntó al forense:

—¿Puedo irme?

—Sí. El trámite ya ha terminado.

—Gracias.

Paul salió.

Las luces de París giraban locamente en torno suyo.

Tenía la sensación de que la ciudad entera se le desplomaba encima.

Casi a su lado, a aquella hora, legiones de turistas ansiosos se dirigían al Pont d'Alma para cenar en el «*bateau-mouche*», a pesar de que ya hacía frío. A la luz de las velas, consumirían una comida prefabricada mientras veían desfilar los más bellos monumentos de Europa entre las aguas del Sena. Más lejos, bajando de suntuosos coches, los millonarios entraban en la Tour d'Argent, el más caro restaurante de la capital, donde les estaba esperando su «*canard au sang*» número diez mil y pico (*El canard au sang es una especialidad gastronómica de la Tour d'Argent, restaurante viejo, caro y respetable donde los haya. Consiste en un pavo que se cocina sin haber sido desangrado previamente y que debe parecer exquisito a los que pueden pagarlo. Como es un plato bastante complicado y que debe encargarse con anticipación, se numera, figurando los números en una especie de lista de honor, con los nombres de los comensales a quienes ha correspondido. De ese modo es posible saber qué canard comió la reina de Inglaterra cuando era princesa heredera, cuál otro comió el presidente de la República, etc... Hasta ahora puedo garantizarles que mi nombre no figura en ninguna lista*). Otros se dirigían a Maxim's, cerca de la charcutería más surtida y más cara de Europa: Fauchon, donde uno puede adquirir el caviar recién traído del Volga y el vino Chateau Laffite con más de cincuenta años de cava. Toda la riqueza de París flotaba en el aire a aquella hora, cerca del Hotel Dieu, esa hora incierta de los oropeles y de las luces, cuando la pobreza parece esfumarse para que luzca esa especial felicidad de los que saben aprovechar la vida, aunque en el fondo sepan que muchas felicidades sólo duran una noche. Pero, de un modo u otro, París estaba en su mejor hora, en su cumbre, en su punto más dulce y poético. Un poco podrido también, ciertamente. Pero inevitable.

Y, sin embargo, Paul no se daba cuenta de nada.

Paul estaba examinando, como obsesionado, una calavera.

Desde que volvió a la pensión, se había encerrado con ella. No podía apartar los ojos de aquellos huesos lisos, bruñidos, que la señora Blanchard había dejado rigurosamente limpios. No podía apartar sus pensamientos del misterio que se ocultaba en aquel cerebro vacío.

Al fin hizo un gesto negativo.

No, aquello no tenía ningún sentido.

Mejor olvidarlo.

Pero, a la mañana siguiente, después de una segunda noche sin dormir, se dirigió a la comisaría de su distrito. Un aburrido funcionario leía, a la luz

incierta de aquella mañana plomiza, las informaciones del diario L’Equipe. Levantó la cabeza con desgana.

—¿Y bien? —preguntó.

—Desearía hacer algunas preguntas acerca de la señora Blanchard, que vivía cerca de aquí. Vamos, si no es molestia.

Y miró las sucias paredes donde había un plano de París dividido por sectores policiales, un retrato del presidente de la República y unas hojas de papel relativas al Escalafón Gubernativo. El policía dejó el periódico.

—¿La que se suicidó? —dijo.

—Sí.

Paul se frotó las manos. Sentía un frío extraño allí. La mañana se iba haciendo por momentos más incierta y más plomiza.

—¿Qué quiere saber? —preguntó el de la bofia.

—Si últimamente había denunciado la muerte de alguien.

—No.

—¿La desaparición de alguien?

—De eso no estoy seguro. De lo de la muerte me acordaría, porque son asuntos serios, pero desapariciones denuncian un carro cada día. Espere. Deje que lo vea.

Y buscó en unos archivos donde había algunas moscas muertas desde los días del otoño. Al fin se volvió:

—Sí —dijo—. Denunció una desaparición.

—¿De quién?

—De una mujer llamada Annelise. No sé... Parece que eran amigas.

—¿Me permitiría ver los datos de la denuncia? —rogó Paul.

—¿Por qué? ¿Va usted a dar alguna información?

—Tal vez. Yo conocía bastante a la señora Blanchard y es posible que llegue a saber algo de Annelise y les ayude a ustedes, pero para eso necesito ver primero algunos datos.

El funcionario se encogió de hombros.

—Las denuncias no se dejan —explicó—, pero puesto que la denunciante está muerta y además ha pasado bastante tiempo, no veo problema. El asunto ya estaba archivado, ¿sabe? Consúltelo.

Y se puso a leer de nuevo L'Equipe, donde se decía en grandes titulares que el Saint Etienne iba para arriba. Paul murmuró al cabo de unos instantes:

—Gracias.

Y salió de allí.

Fue q la Plaza de la Sorbona.

En los aledaños de la legendaria Universidad no sólo hay muchas librerías, sino también muchos gimnasios y muchas academias de judo y de kárate. La última dirección que se conocía de Annelise era la de una de esas academias.

Paul llamó a la puerta de un piso ático en una escalera tronada y donde detrás de cada persona parecía haber un mueblé. La que le abrió fue una mujer joven y bonita que llevaba una ancha falda plisada y una blusa negra.

La mujer no le dirigió más que una mirada.

De repente dio un salto.

Le enroscó las piernas al cuello.

—¡YA! —gritó la agresora.

La palabra había parecido un grito de guerra. Paul sintió que sus pies se separaban del suelo y que la cabeza se le volvía al revés, con peligro de que se le rompiera el cuello. Menos mal que también había practicado la lucha y no hizo resistencia, limitándose a dejar que su cuerpo siguiera el giro de la mujer. De lo contrario, quizá no lo cuenta.

Los dos rodaron por el suelo.

La mujer no había soltado su presa. Con los dos puños enlazados trató rabiosamente de romper el tabique nasal de Paul.

Pero éste movió la cabeza a tiempo y el golpe le dio en el cuero cabelludo. Al mismo tiempo introdujo las dos manos entre las piernas de la mujer y empezó a apretar para aflojarlas, ya que era el único modo de quedar libre.

—¡Ah!

Paul hizo más fuerte su presión.

—¡Ah! ¡Ah!

—Con todas sus fuerzas, intentó separar el dogal de las piernas femeninas.

—¡Ah, ah, ah!... —gritaba ella, experimentando un dolor agudo en las articulaciones.

El siguió, con la idea de quedar libre.

No pudo resistir más, aflojó y soltó a Paul.

Los dos, desde el suelo, se miraron fijamente.

Ella tenía unos extraños ojos color miel. Eran unos ojos dulces y agradecidos, pero al mismo tiempo metálicos y fríos.

—Lo he hecho porque ya nos han asaltado dos veces —explicó—. Pensaba que eras uno de esos hijos de mala madre que pululan por ahí.

Paul estaba más sorprendido cada vez. La cabeza le daba vueltas,

—¿Por qué os asaltan? —preguntó—. ¿Porque éste es un sitio exclusivamente femenino y hay granujas que tratan de aprovecharse de la situación? ¿Que piensan que aquí van a encontrar carne fácil?

—Sí.

—Pues... pues bueno, en este caso has metido la pata, muñeca. O, mejor dicho, las dos patas. Sólo venía a hacer unas preguntas.

—¿Sobre qué?

Aún seguían tendidos sobre la alfombra, mirándose.

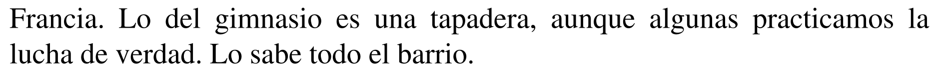
Paul no contestó, sino que en lugar de eso hizo una pregunta:

—El hecho de que éste sea un sitio exclusivamente femenino... ¿significa que también vienen aquí mujeres con gustos... raros?

—Sí —confesó tranquilamente la otra.

—¿Y entre las que vienen a este gimnasio, también las hay con esos gustos?

—¡Pues claro!... Este es el centro, en esta especialidad, más importante de


Francia. Lo del gimnasio es una tapadera, aunque algunas practicamos la lucha de verdad. Lo sabe todo el barrio.

—Yo no lo sabía —musitó Paul.

—¿Entonces qué puñeta quieres? —preguntó la chica.

—Por lo visto, aquí vivía antes una mujer llamada Annelise.

—¡Pues claro! ¿Qué sabes de ella?

—Que desapareció.

—¿Y tú quieres dar con su pista?

—Sí —dijo francamente Paul.

—Pues vas listo. Todas pensamos que debió largarse con alguna chica que le gustaba. Últimamente frecuentaba a una tailandesa que la volvía loca. Oye... ¿tú sabes de veras quién era Annelise?

—No del todo.

—Pues era un marimacho.

—Ah...

—Bueno, entiéndeme... Entre nosotras, ya se sabe. Si una hace de chica buena, la otra hace de tío malo. Annelise hacía siempre de tío malo. Nos tenía dominadas. Su fuerza hubiera bastado para tumbar a un cargador de Les Halles.

—En...entiendo —musitó Paul.

—Pues ya lo sabes todo. Un buen día desapareció y yo me he ido haciendo cargo del negocio. No la hemos buscado porque sé que un día aparecerá, cuando se canse de la tailandesa, y nos gritará a todas, como hacía antes: «Hala, chicas, a formar.»

—¿No habéis denunciado su desaparición? —preguntó Paul.

—Claro que no. ¿Para qué?

—Sin embargo, alguien lo hizo.

—¿Quién?

—Una señora llamada Blanchard, que tiene una pensión barata.

—Ah... ¡la Blanchard! Ya recuerdo. También conocía a Annelise.

—¡Pues sí que era espabilada la tal señora Blanchard! —musitó él.

—¿Qué decías?

—Nada, nada...

—En resumen —dijo la chica—, que aquí no hay ningún misterio, porque una mujer que se encapricha siempre acaba volviendo. Sólo hay una cosa que quizá no te he dicho, y es que Annelise, a causa de su fuerza, protegía a algunas otras mujeres cuando ellas se lo pedían Era un auténtico guardaespaldas, sin que lo despachase nadie.

—¿Sabes si últimamente protegía a alguien, en especial?

—Deja que recuerde... Sí... Tal vez... ¡Exacto, eso es! Protegía a una mujer ya madura, llamada Norma.

—¿Recuerdas dónde vivía?

—No. Sólo sé que se llamaba Norma Foret. Debía tener mucho interés por ella, ya que Annelise la siguió protegiendo incluso después del accidente, y

eso que quedó bastante aplastada por lo sucedido.

—¿Accidente? ¿Qué accidente?

—Una pesa mal colgada le cayó sobre la cabeza. Pobre Annelise... Creíamos que no lo contaba. Se le hundió la caja craneana aquí... —se señaló un punto—, y hubo que ponerle una pieza de plata. También se le produjo una fractura en el pómulo izquierdo, y le pusieron otra pequeña pieza. ¿Pero tú por qué preguntas tanto? Al fin y al cabo, ¿quién leches eres?

—Soy un aspirante a ser de los de la acera de enfrente —dijo, humildemente Paul.

—¿Queeeeeé?...

—Voy a hacerme el cambio de sexo.

CAPÍTULO IV

AHORA VEIA EL HORROR.

Por fin se daba cuenta.

ALLI ESTABA EL HORROR.

Con los dedos crispados, con la mirada perdida, con la boca plegada en una mueca, Paul dio vueltas a la calavera entre sus dedos.

Después de la extraña sesión en el gimnasio de las señoras raras, después de saber por fin quién era Annelise, había vuelto a la pensión y se había encerrado en el cuarto que fue de la señora Blanchard. Durante largo rato había estado examinando la calavera.

Y ahora se daba cuenta.

Ahora EL MIEDO penetraba por sus ojos

Porque la evidencia estaba en sus dedos. La calavera estaba rota justo en el sitio donde la chica del gimnasio señaló. Tenía en el pómulo otro impacto. Las piezas de metal se habían desprendido, pero examinando los bordes con lupa, aún se advertían indicios de lo que hubo allí. De las piezas de metal que le fueron puestas.

Los dedos de Paul se separaron un poco mientras quedaban medio crispados en el aire.

Porque lo entendía perfectamente: ¡LA CALAVERA QUE TENIA ENTRE SUS MANOS ERA LA DE LA DESAPARECIDA ANNELISE!

¡Y la Señora Blanchard también había comprendido eso!

¡Había creído que era él quien mató a Annelise!

¡Y que, encima, le traía su calavera como una macabra burla!

¡Sólo así se podía entender la conducta de la pobre mujer que acabó suicidándose! ¡Sólo así todas las piezas encajaban!

Paul sentía vértigo.

Y la sensación que había tenido una vez se hizo clara y perceptible: Fue una sensación trágica: la de que realmente acababa de poner los pies en el infierno.

En aquel momento entró alguien en la habitación.

Era Michel.

Seguía teniendo la misma cara de semental un poco brutote que se come el mundo, pero la verdad era que ahora el pobre tío necesitaba arrastrar los pies para moverse de un sitio a otro. Ni siquiera se dio cuenta de lo extraño que resultaba la presencia de Paul allí.

—La botella... —pidió—. La señora Blanchard tenía una botella de Oporto en su armario, y eso reanima. Espero que no te la hayas bebido, maldito seas. ¡Es mía!

—No he bebido nada, Michel. ¿Pero qué te pasa?

—Nada, chico. Estoy molido.

—¿El trabajo?

—¡Uf!

—¿Pero no decías que te gustaba tanto? ¿No decías que era descansado, bonito y encima bien pagado? ¿No contabas que era un chollo?

—Según como se mire.

Y tomó la botella. Bebió un trago que la dejó temblando y musitó:

—Gracias, macho. Otro día no lo resisto.

—¿Pero por qué?

—Nada, nada... Lo que te decía, chico. Mi trabajo es un chollo, un chollo de verdad. ¡Pero hay que ver!...

Y salió tropezando con las paredes.

Paul también se deslizó fuera de allí.

Una luz casi cárdena iba llenando la habitación. Era una luz tan triste como la de una cámara mortuoria. Las paredes parecían ahogarle, parecían comprimir junto a él la presencia silenciosa de la muerta.

Salió a la calle.

Y otra vez el Metro que se desliza sobre las casas viejas. Otra vez el Metro que vuela sobre esas calles, parisinas que todos los jóvenes del mundo han soñado alguna vez. Otra vez la Mairie de Ivry, y las calles mal iluminadas, y la flecha que indicaba la dirección del cementerio.

Bajo los focos, el ingeniero Jules seguía moviéndose en la zanja como si fuese un obrero más. Ya no se veían apenas calaveras, pero en cambio iban apareciendo monedas y algunos pequeños fragmentos de hueso.

—Te lo dije hace poco —murmuró Jules como quien reanuda una conversación interrumpida—. Los restos de los esqueletos se han deshecho. Sólo encontramos alguna tibia, alguna vértebra... Menos mal que hay monedas.

Paul se acuclilló junto a la zanja.

—Jules... —musitó.

—¿Qué?

—Todas las calaveras... ¿eran de la época normanda?

—¡Pues claro! ¿Por qué?

—¿Lo has comprobado?

—He hecho un muestreo y coincide todo. ¿A qué viene eso?

—Jules, he de confesarte que yo robé una de las calaveras la otra noche.

—¿Tú? ¿Pero por qué?

—Quería hacer un regalo a una mujer. Ella estaba obsesionada con poseer una calavera de verdad, antigua.

—Bueno, no es ningún delito —dijo Jules encogiéndose de hombros—. Olvídalo y no me des la lata.

—Es que no era una calavera normanda, Jules.

El otro se volvió bruscamente.

—¿Qué dices?...

—Esa calavera apenas tenía seis meses.

—Oye, Paul, si has bebido, yo te prometo que...

—Por favor, Jules, tienes que creerme. Alguien sepultó esa calavera ahí cuando supo que iban a iniciarse las excavaciones, cosa que no era ningún secreto para nadie. El resto del cuerpo lo debió enterrar en cualquier sitio, después de abrasarle las manos para que no hubiese huellas necro dactilares. Un cuerpo femenino sin manos y sin cabeza no lo identifica ni el diablo. Con la cabeza podía haber hecho mil cosas, pero él sabía bien que todos los restos humanos se acaban descubriendo. En cambio, si sepultaba la cabeza en esta zona, cuando vosotros empezaseis a encontrar cráneos pelados creeríais que todos eran de la época normanda, puesto que teníais motivos para ello, y los cráneos se diseminarían por facultades de medicina, por museos y por universidades. Los únicos sitios donde la policía no investiga jamás. Cuando algún estudioso descubriera tal vez, dentro de un tiempo, que una de las calaveras no tenía apenas vejez, hablaría de eso en la Universidad, pero jamás se le ocurrió llamar a la bofia. En resumen, que la bofia no se enteraría.

—Comprendo —dijo Jules con los ojos entornados—. Sigue.

—Por supuesto que «preparar» la cabeza no debía ser tan fácil.

—Estaba pensando justamente en eso. Habla.

—Pero tampoco tan difícil —se apresuró a decir Paul—. Supongamos que hierve la cabeza hasta el extremo de que se desprende la carne.

—Es horrible...

—Pero lógico, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Supongamos que la víctima tiene la dentadura perfecta, es decir sin prótesis que en la época normanda no existían. De todos modos le arrancan dientes para simular que han caído con los años. El hecho de que la calavera esté rota, porque la víctima había sufrido un accidente en vida, creen que les favorece. La ensucian y la dejan con las otras. ¿Qué piensas, Jules?

—Sigo pensando que es horrible.

—Pero factible, ¿verdad?

—Sí, eso sí. Yo me sentiría inclinado a admitir sin duda que cualquier calavera que hallase aquí era antigua.

—Pues eso es todo, Jules,

—¿Pretendes decirme que... que se ha tratado de ocultar un asesinato?

—Sí. Y hasta sé el nombre de la víctima.

Jules apretó los puños.

—Paul —dijo secamente—, vamos a la policía.

—No, Jules, déjame a mí.

—¿Por qué?

—Te lo suplico.

—¿Y a qué viene ahora esa súplica?

—Mira, Jules, es mi oportunidad. No sé si So entiendes. Mi oportunidad. Si logro desentrañar ese crimen del que la policía aún no sospecha, me convertiré en una de las firmas más sonadas de Francia, aunque sea en las secciones de Sucesos de los periódicos. Pero saltar de allí a las secciones de

información política, que son las que realmente me interesan, no será tan difícil. Incluso podré escribir un libro que me abrirá muchas puertas. No me lo chafes ahora con una denuncia en una comisaría de barrio, Jules. Me lo hundiría todo.

El ingeniero le miró fijamente, mientras vacilaba.

Al fin le sonrió.

—Allá tú, Paul —dijo.

Y volvió a su trabajo.

Paul dejó de estar acuclillado y salió de allí. Sentía frío en la espina dorsal. Otra vez se arrastraba Como una sombra por las calles que llegaban desde el fondo del tiempo.

* * *

MICHEL TAMBIEN SE ARRASTRABA.

No podía con sus pies. El, tan fuerte y tan alegre siempre, estaba triste y molido. Cuando al día siguiente entró de nuevo en la habitación de la señora Blanchard y vio a Paul allí, hizo una mueca. Pero daba la sensación de que no miraba a ningún sitio.

—La botella... —dijo solamente.

—La dejaste en el armario. Aún queda —rezongó Paul.

—Bueno... Esta vez la liquido. Oye, ¿qué haces aquí? Hace dos días que te veo en el mismo sitio.

—Estoy revisando los papeles de la señora Blanchard —susurró Paul.

—¿Para qué?

—Nada. Cosas mías.

—Oye, si encuentras pasta me lo dices.

—Lo haré, Michel.

—Al fin y al cabo, los dos nos habíamos acostado con ella.

Paul sonrió.

—Mereceríamos un monumento —dijo—. Pero, oye, ¿por qué no te compras una botella para ti solo? ¿Tan mal vas de dinero? ¿No tenías un oficio bien pagado?

Al semental le lagrimearon los ojos.

—Voy a tener que dejarlo, Paul.

—¿Por qué?

—Estoy deshecho.

—¿Pero qué pasa? ¿Tienes que cargar planchas de acero o qué? ¿En qué consiste ese trabajo?

—A ti te lo diré. Tú tienes que saberlo, puesto que al fin y al cabo es posible que también veas la película.

—¿Qué película?

—Las cien queridas del Harón de Brant.

—¿Y qué diablos es eso?

—Una película «porno», macho. Pero no una cosa para salir del paso, sino un auténtico hardcore, un pedazo de cinema verité. Es decir, que todo va en serio. Imagínatelas. Y todo ello sin trampa ni cartón, de verdad, ¿eh? Hasta el fin. Sólo te digo que ando por... la actuación número dieciocho... Estoy deshecho...

Y casi se puso a llorar.

—Hay dos oportunidades para que yo me salve —musitó—, porque no quieren rescindir el contrato. De lo contrario la diño, hermano.

—¿Qué oportunidades? —musitó Paul.

—Una de ellas que la película se titule simplemente Las veinte queridas del barón de Brant. Así sólo me quedarían dos actuaciones, y, mal que bien, yo creo que llegaría a salir vivo.

—¿Y no quieren?

—¡Quía!

—¿Cuál es la segunda oportunidad?

—Que la película se titule: La muerte del barón de Brant, y que le mate la chica número veinte. Ya ves lo que te digo: me resigno a que la muerte sea de verdad, también. Cualquier cosa antes de que mañana me tengan que sacar entre cuatro.

Y acabó con la botella.

El pobre tipo hipaba.

Paul musitó:

—Hala, acuéstate. Y pide unos días de descanso, hombre...

—Tienes razón —dijo Michel con los ojos iluminados—. ¡Claro que los pediré! ¡Y, si no me los dan, me quejaré al sindicato!

—¿A qué sindicato, hijo de mi alma?

Michel se pellizcó la nariz.

—No sé... Pero algún sindicato habrá para lo nuestro, digo yo... ¡Ah, ya sé! Por fuerza tiene que existir alguno. Mañana me recuerdas que lo busque en el listín de teléfonos.

Y se fue dando tumbos a la habitación.

Ni siquiera en eso sabía por dónde andaba el pobre. Porque se confundió y se metió en la habitación de Paul. Unos momentos después, el semental roncaba.

—Bueno, que descanse... —pensó Paul—. Falta le hace.

Y siguió revolviendo papeles.

No sabía que esta vez tenía no ya uno, sino los dos pies en el infierno.

* * *

LA EXPLOSION LO ESTREMECIO TODO.

Los cristales de la planta saltaron. Varios muebles del pasillo quedaron volcados. Las puertas se abrieron de repente y enviaron bocanadas de aire a todos los rincones de la casa.

Pero también enviaron algo más.
Enviaron fragmentos de carne humana.
Y gotas veloces de sangre.
Paul, que estaba aún en la habitación de la muerta, sintió que los papeles resbalaban de entre sus dedos y él mismo estuvo a punto de perder el equilibrio. Con expresión alucinada, como si creyera estar viviendo una pesadilla, vio que una de las paredes se cuarteaba.
Y entonces aquel pensamiento que no tenía sentido penetró en él. Era un pensamiento que se resumía en dos palabras:
¡Una bomba!
¿Pero una bomba a aquella altura? ¿Cómo?
Sus músculos se pusieron entonces en movimiento, sin que la voluntad los dirigiese. Fue a su habitación, a la misma en que había entrado Michel poco antes.
Y tuvo que cerrar los ojos.
Era horrible.
Del cuerpo despedazado apenas quedaba nada.
Todas las paredes estaban teñidas de sangre.
Y Paul necesitó apoyarse en la jamba de la puerta al comprender que todo aquello había estado destinado para él. Que sólo a una casualidad se debía el que él no fuese la víctima.
También comprendió algunas cosas más. Por ejemplo que el explosivo había sido una granada de guerra de excepcional potencia y que había entrado a través de la ventana. Habiendo edificios de similar altura al otro lado de la calle, y existiendo fusiles lanzagranadas como los que existen hoy día, no tenía por qué extrañarle aquello. Todo había sido siniestramente fácil.
Una serie de gritos sonaron muy lejos.
O al menos a él se lo pareció.
Alguien le apartó de allí.
—¡Atrás! ¡Policía!
Fue de nuevo maquinalmente a la habitación de la señora Blanchard y buscó alguna otra botella. Tuvo la suerte de encontrarla. Estaba ya por la mitad cuando un inspector gordo y con cara de recaudador de impuestos entró en la habitación. Paul lo recordaba vagamente.
—Soy Morell —dijo el tipo.
—Yo soy el muerto de hambre —dijo Paul.
—Entonces ya veo que me recuerda. Veo también que anda metido de lío en lío. Donde está usted, ronda la muerte.
—No es por culpa mía —musitó el joven, quien no tenía la menor gana de hablar.
—La habitación donde ha ocurrido todo era la suya, ¿no?
—Claro que lo era, pero Michel entró ahí por casualidad. Estaba algo mareado y no sabía lo que hacía.
—¿No pudo ser una trampa para matarle sin que usted no pareciera

sospechoso?

La acusación hizo que Paul levantara velozmente la cabeza. Distinguió en la penumbra los ojos dañinos de Morell.

—Piense lo que le dé la gana —se limitó a decir.

—Lo único que yo pienso es que aquí están ocurriendo cosas muy raras, muerto de hambre. Y un tipo que no tiene trabajo y a cuyo alrededor las personas mueren como moscas, ha de llamar forzosamente la atención de la policía.

—Lo comprendo muy bien.

—Pues, si lo comprende, oiga bien esto: no va a poder ausentarse de París. Dos veces al día me telefoneará y me dirá dónde puedo localizarlo. No le niego tampoco que pediré al juez de instrucción una orden de prisión preventiva.

Paul no se molestó en contestar.

Estaba ya metido en un pozo tan negro que la actitud hostil del policía no le importaba lo más mínimo.

Morell oyó entonces que llegaban los del Departamento de Huellas. Poca cosa iba a encontrar allí, pero de todos modos habían de hacer su trabajo. Mirando a Paul dijo secamente:

—Recuérdelo.

Y salió de la habitación.

Paul miró hacia la ventana, por donde entraba una luz cenicienta. Y fue entonces, mientras apretaba los puños, cuando tomó la decisión de llegar hasta el fin. Sabía que iba a morir, pero en este momento todo le importaba poco.

Empezó a andar por el camino cuyo principio estaba marcado por una calavera.

CAPÍTULO V

LOS OTROS PUNTOS DEL CAMINO NO ESTABAN demasiado claros aún, pero había unas cuantas referencias que le servían de base. Mientras andaba como un sonámbulo por las calles, Paul intentó reconstruirlas.

En primer lugar, estaba claro que la calavera pertenecía a la gimnasta Annelise.

En segundo lugar, la señora Blanchard tenía una gran amistad con ella. Una «amistad» del tipo que fuese, porque ahora ya no importaba. Conocía lo del accidente y debía haber visto radiografías de la cabeza de Annelise cuando ésta lo sufrió, de modo que pudo identificar la calavera y llegó a creer que Paul era el asesino. Deseando vengar a su amiga, intentó primero matar a Paul, y luego, en un acceso de desesperación, se suicidó. Es cosa sabida que los y las homosexuales se guardan odios exagerados y otras veces mantienen fidelidades que las personas normales no llegan muchas veces a entender.

Un tercer punto importante era éste: los que mataron a Annelise sabían que él había identificado ya la calavera. Sin duda iban siguiéndole discretamente, y estaban enterados de que era el único que tenía alguna pista. Sabiendo que nadie se preocuparía demasiado por la muerte de un tipo como Paul, habían decidido lo más sencillo: eliminarle. Y habían fracasado una vez, pero lo volverían a intentar. Eso era seguro.

Ahora los pensamientos de Paul llegaban a su punto quizá más importante: Annelise, a causa de su gran fuerza física se ocupaba de proteger a otras personas. Una de esas personas se llamaba Norma Foret.

¿Estaba eso relacionado con la cadena de muertes?

¿Habían liquidado a Annelise precisamente a causa de aquella protección?

Paul miró en torno suyo. No sabía en qué sitio de París estaba. De pronto, como si despertara de un sueño, se dio cuenta de que se encontraba enfrente de la Gare du Nord.

Hay muchos bares en aquella zona. Casi todas las esquinas están ocupadas por cafés. Paul entró en uno de ellos, pidió una «Kronnenburg» y una ficha de teléfono y consultó primero la guía telefónica. La tal Norma Foret vivía en un sitio distinguido, en plena Avenida George V, muy cerca de los Campos Elíseos. Una voz femenina le contestó:

—¿Norma Foret? —preguntó Paul.

—Sí, aquí es.

—¿Puedo hablar personalmente con ella?

—¿Usted quiere hablar o venir?

—Por supuesto, será mejor que vaya —dijo Paul.

—Cuando guste. ¿Conoce la dirección?

—Sí. La tengo delante.

—Pues hasta pronto.

—Oiga... No quiero ser inoportuno. Me temo que sea muy tarde.

—No se preocupe. Todavía es buena hora. Hasta pronto, señor.

Colgaron.

Paul arqueó una ceja, miró la hora y contó el dinero que tenía para ver si podía permitirse el lujo de un taxi. Lo tomó al fin y se hizo conducir a uno de los enclaves más prestigiosos de París, el que forman los Campos Elíseos y la Avenida de George V.

Algunos clientes rezagados salían del restaurante Fouquet. Los taxis se detenían ante el Crazy Horse, donde la gente ansiaba ver de cerca los encantos de las chicas mejor torneadas de Europa. El Lido también estaba a reventar. París vibraba para la gente rica, pero era una especie de pozo sin fondo para los tipos como Paul, quien además tenía la sensación de vivir una pesadilla.

Vio que el portal de la casa que buscaba estaba discretamente abierto. Se metió en él y subió a pie para ver qué clase de vecinos había allí. No llegó a ver demasiadas puertas, porque Norma Foret estaba en el primer piso. Había allí una placa iluminada, color plata vieja, diciendo simplemente el nombre de la dueña.

Paul llamó. Le abrió una chica que llevaba una bata blanca, como si aquello fuera el consultorio de un médico.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

La chica era alta, morena, atractiva. Bajo la bata blanca, muy cortita, se veían unas piernas esculturales terminadas en unos zapatos de alto tacón. Iba pintada discretamente y toda ella olía a «Chanel».

Paul supo entonces en qué clase de sitio acababa de meterse. La verdad era que no lo esperaba. Aquello era un prostíbulo de lujo, disfrazado tras un salón de masaje, tras un consultorio psicológico, tras una agencia matrimonial o Dios sabe qué.

La chica musitó:

—¿Viene solo?

—Sí, gracias.

—Pase.

Había un pasillo alfombrado, lujoso, digno.

Pero en cambio el tipo plantado en él no era lujoso, alfombrado ni digno.

Debía haber bebido. Se notaba que era un matón, y además empapurrado de whisky. Con el gesto del que sabe que está en su terreno, barbotó:

—Ese tío fuera.

Debía saber muy bien que a los clientes que iban allí no les interesaba meterse en líos, de modo que a la menor señal del follón se iban. Eso le hacía tener más agallas aún. Pero Paul no era un cliente y por lo tanto permaneció quieto, tranquilo, mirando a aquel tipo fijamente.

Fue la chica la que habló.

—Nadie nos había dicho que cerráramos aún, Nick.

—Acabo de decidirlo ahora.

El rostro de la muchacha se ensombreció. Hizo un gesto desdeñoso mientras preguntaba:

—¿Es que van a venir Oscar y su gentuza?

—Sí. Esta noche damos una pequeña fiesta.

—¿Con todas nosotras?

—¿A ti qué te parece, Chris?

—Lo que me parece es que todas estamos ya hartas de ser maltratadas por unos borrachos como vosotros. La gente que viene aquí es muy distinta. Este es un sitio fino.

—Pero nosotros somos los amos del «sitio fino», preciosa. ¿O es que vas a decirle a Oscar que te has sublevado? ¿Qué? ¿Vas a decírselo? ¿Qué? ¿Te atreves, muñeca?

Y con una de sus manazas la sujetó brutalmente por el mentón, apretando de tal modo que la chica lanzó un gemido. Pero fue ella la que se dio cuenta de que allí había un desconocido y de que estaban hablando demasiado los dos.

—¿Aún está ahí? —preguntó, volviendo la cabeza como pudo—. ¡Váyase! ¡Le he dicho que se vaya!

Pero Paul permaneció quieto.

—No me gusta que maltraten a una chica delante mío —dijo con voz helada.

Nick le dirigió una sonrisa más helada aún.

—¿No? —preguntó.

Y dio un terrible golpe en la cara de la muchacha. Fue un golpe dado con tan mala baba que casi le rompe el tabique nasal. La sangre manchó los labios femeninos mientras ella se encogía gimiendo:

—¡NO!

El rodillazo en el vientre la hizo estremecerse. Un terrible gancho, cuando ella se inclinaba, la envió contra la pared, donde quedó con la cara desencajada y con las piernas abiertas.

Entonces se pudo ver claramente que todo lo tenía bonito debajo de la bata. Que usaba unas medias de primera calidad y un liguero adornado de los que no se venden en cualquier sitio. Que toda ella había sido hecha para el amor.

Y para el dolor también. Porque la salvaje y breve paliza que acaban de propinarle la había dejado hundida.

A partir de la nariz, aquello era un chorro de sangre.

Le resbalaba por la mandíbula y le llegaba a manchar la bata.

Daba la sensación, de que por sí misma, no iba a poder levantarse en media hora.

El matón miró entonces a Paul.

—Si quieres que te haga lo mismo, quédate aquí —dijo—. Y si quieres no buscarte líos, lárgate y olvídate de esto.

Era un buen consejo, sin duda.

Pero Paul se mantuvo quieto. También en sus labios flotaba ahora una

sonrisa helada. Mientras avanzaba un paso, dijo:

—Me cisco en tu sucia madre, Nick.

No cabía duda de que era un chico bien educado.

Nick también lo era.

—Y yo en tu padre, si es que lo has conocido.

Después de este cortés cambio de impresiones, los dos hombres avanzaron casi a la vez. El matón disparó los dos puños.

Mal hecho. Sólo se preocupó de pegar y no de cubrirse. Su exceso de confianza le perdió.

Paul había practicado el boxeo demasiadas veces para caer en la trampa de un tipo que atacaba de aquella manera. Esquivó con un ágil juego de piernas y, cuando su enemigo aún miraba desorientado al frente, atacó con dos rápidos cruzados. Las dos cejas del matón saltaron como si las hubieran cortado con un cepillo.

Y la sangre resbaló hacia los ojos. Nick lanzó un gruñido de sorpresa y de rabia mientras volvía al ataque.

Pero lo hizo más alocadamente aún.

Uno de sus puños se estrelló contra la pared cuando Paul esquivó el impacto. Nick retiró la mano mientras hasta su cerebro llegaban las ondas de dolor.

Eso le hizo descuidar más la guardia aún.

No se dio cuenta de que el hígado le quedaba al descubierto. Y allí golpeó Paul con todas sus fuerzas, empleando la mano derecha, puesto que su enemigo le atacaba ofreciendo el flanco.

Lo vio vacilar.

A Nick le fallaron las fuerzas, aunque todavía no entendía cómo. Desesperadamente giró con toda la rapidez posible para encararse de nuevo a Paul. Pero esa rapidez le falló porque de repente parecía como si se hubiera quedado sin sangre.

El brutal gancho de Paul le hizo separar los pies del suelo.

Nick llevó entonces la derecha a uno de sus bolsillos. Sin duda guardaba allí una navaja.

Paul no le dejó tiempo para sacarla.

Con el canto de la mano le golpeó un lado del cuello. Y con el otro puño cerrado le martilleó la sien.

Fue lo único que le faltaba a Nick, que ya había recibido un castigo demasiado fuerte. Con el rostro convertido en una máscara de sangre y los ojos en blanco, se desplomó sobre la alfombra.

Paul lo arrastró entonces por el pelo.

No estaba dispuesto a guardar contemplaciones.

Con el propio cinturón de Nick, le amarró las dos manos, por detrás, al pomo de una puerta, y con la corbata le sujetó un pie al pomo de la puerta del lado contrario del pasillo. De ese modo Nick colgaba de sus propios brazos atados tras la espalda, lo que debía producirle un dolor insoportable, y al

propio tiempo no podía ponerse en pie y aliviar su postura porque se lo impedía el pie atado con la corbata de seda (una pieza más resistente de lo que parecía). Para tirar de la corbata y tratar de romperla tenía que apoyarse más en los brazos, lo que el dolor no le permitiría hacer.

Como supuso que, cuando despertara, empezaría a gritar, le puso su pañuelo en la boca, de modo que casi lo ahogó, y por fin lo amordazó con un pedazo de cortina.

Nick había quedado hecho una piltrafa.

Sólo cuando terminó con aquel meticuloso trabajo, se dio cuenta Paul de que otras personas le estaban mirando. Tres chicas más habían salido de otras tantas habitaciones.

Ninguna de ellas había despegado los labios. Contemplaban aquello con una mezcla de complacencia y de horror. Por un lado les gustaba ver sufrir a aquel matón, pero por otro se daban cuenta de que lo que aquello iba a significar más adelante.

Todas iban vestidas del mismo modo, pero no se habían preocupado de abrocharse las batas. Las combinaciones de encaje que algunas llevaban hubieran hecho «tilín» hasta en los ojos de un muerto.

La que estaba en el suelo se puso en pie poco a poco. Fue a un contiguo cuarto de baño y se limpió la cara. Al volver musitó, mirando a Paul:

—Lo que has hecho tiene un gran mérito, pero no sé si te das cuenta de lo que esto significa.

Paul preguntó secamente:

—¿Qué significa?

—Que esto será mucho peor a partir de ahora.

—¿Por qué?

—Pues porque... porque...

Una de las chicas dijo:

—¿Creéis que un pasillo es un buen sitio para hablar?

—¿Pues qué sitio es bueno?

—Una habitación, por ejemplo.

—Me parece una excelente idea —dijo Paul.

Sabía que no podía largarse de allí sin preguntar unas cuantas cosas esenciales y ciertamente le habían sugerido un buen sitio para hacer preguntas.

La chica que antes había hablado dijo:

—Hala, ven.

—No es que tenga demasiado dinero —confesó Paul.

—¿Y quién ha hablado de dinero?

La puerta se cerró tras ellos.

La chica susurró:

—Esto es oficialmente un consultorio psicológico, ¿sabes? Los hombres vienen y nos cuentan sus problemas

—¿Y se los resolvéis?

—¡Pues claro! Por lo menos los olvidan.
Y avanzó sinuosamente hacia él.
—Hay un sistema para olvidarse de todo —susurró—. ¿Lo probamos?
Paul dijo que sí.
Y quizá no fuera un buen sistema para olvidarse de todo, todo, todo, pero, al menos, trataba de conseguirlo.

* * *

JANINE TENIA LOS LABIOS GRUESOS Y ROJOS.
Porque se llamaba Janine.
Y porque sus labios eran como para recordarlos siempre.
Y porque tenía una docena de cosas más.
Y porque...
Pero la chica era inteligente y se dio cuenta de muchas cosas. Mientras reposaban los dos uno junto al otro, en el silencio de la habitación, le miró de soslayo para musitar:
—Todo esto lo he hecho para demostrarte que somos unas chicas agradecidas, pero más vale que seamos sinceros también: tú no eres un cliente.
—No —reconoció Paul.
—¿Pues qué eres?
—Un muerto de hambre.
—Y quieres dejar de serlo, ¿verdad?
—Me parece un deseo la mar de razonable.
—¿Cómo piensas conseguirlo? ¿Metiéndote en el negocio?
—¿Qué negocio?
—Vamos, no me hagas pensar que soy idiota. Tú sabes perfectamente que esto lo controla una especie de Mafia. Era mejor hace años, cuando existían las «pensiones toleradas». Mi madre siempre me decía que a ella la explotaba la dueña, pero con la dueña siempre podías llegar a un acuerdo. Y además tenías seguros sociales y todo eso. Lo de ahora es un asco, lo de ahora es el hampa.
—Al ser una cosa clandestina alguien os «protege», ¿verdad?
—Bueno... Si a eso le llamas «protección». Te ganas la vida y haces algunos ahorrillos, pero con la condición de no chistar. Y, a veces, a matones como Nick no hay quien los soporte. Y cuando los que están arriba organizan una fiesta privada, te obligan a cerrar y a dedicarte en exclusiva a sus invitados, que son unos perfectos guarros. La otra semana trajeron a unos de Beirut con los que tenían negocios, y yo no he visto una depravación más negra.
Encendió ansiosamente un cigarrillo, como si con el humo quisiera borrar sus pensamientos, y añadió;
—Por eso te digo que no es mundo para un chico como tú. De vez en

cuando surgen valentones que quieren entrar en el negocio por la fuerza, pero si tú eres uno de ellos te aseguro que te valdrá la pena pensar en otra cosa. Acabarán matándote en cualquier esquina y la policía ni siquiera se preocupará de ti.7

—¿Piensas que intento meterme en este sucio mejunje para sacar provecho? —Preguntó Paul—, ¿Que intento demostrar que soy más fuerte que los matones para que me den un puesto de confianza?

—¿No es eso?

Él le quitó el cigarrillo, dio una chupada y se lo devolvió mientras movía la cabeza negativamente.

—No, no es eso, Janine. Yo he venido aquí porque pensaba que iba a encontrar a Norma Foret.

Janine se sobresaltó. El cigarrillo estuvo a punto de resbalar de entre sus labios.

—¿Norma Foret? —balbució. ,

—Sí. ¿No era la dueña?

Janine apretó los labios.

—Se conserva su nombre porque tiene un prestigio entre la clientela y porque así figura en la contribución industrial —musitó—, pero ella ya no está aquí. Se marchó hace tiempo.

—¿Por qué razón?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes, Janine.

—Bueno... Tenía problemas.

—¿La amenazaban?

—¿Por qué supones eso?

El sobresalto de la chica indicó a Paul que había dado en el punto exacto de la llaga. Insistió:

—¿Buscó protección?

—Tal vez.

—¿La protegía una mujer llamada Annelise?

—No lo sé.

—¿Norma es... de la otra acera?

—Mira... Acabas aburriéndote de los hombres, y de vez en cuando buscas algo distinto. Aunque era una mujer muy honrada, es posible que acabara yendo por ese camino, sí.

—¿Con la propia Annelise?

—Tal vez.

Janine no era demasiado explícita, pero le estaba dando, a pesar de todo, las respuestas que él necesitaba. Por eso Paul insistid:

—¿Sabes que Annelise puede haber muerto?

—Todos morimos —dijo ambiguamente Janine.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—No me gusta que hablemos de esto.

—Sin embargo, lo necesitas. Lo necesitas en beneficio tuyo, Janine, aunque ahora no acabes de verlo. Necesito saber si después de la desaparición de Annelise desapareció también Norma.

—Sí.

—¿No piensas que pueden haberla matado?

—Se fue por su propia voluntad. Yo puedo garantizarte que entonces estaba viva y bien viva.

—¿No pudo irse para esconderse en algún sitio?

—Esa es la sensación que tenemos todas.

—¿Por lo tanto puede estar oculta?

—Sí.

—¿No os dijo la razón? ¿O no la sabéis? Este es un mundo en el que todo se comenta.

—¿Por qué te metes en esto, Paul? Si no vas detrás del dinero, ¿qué quieres? ¿Es que no te das cuenta de lo que te puede pasar?

—Por favor, contesta.

—Bueno... Parece que sus relaciones con Oscar no iban demasiado bien en los últimos tiempos.

—Oscar... Antes he oído ese nombre. ¿Quién es?

—El patrón.

—¿El jefe del gang?

—Sí. Controla varios sitios como éste y varias discotecas en todo el centro de Francia.

—¿Era el querido de Norma?

—Fue el primer querido que Norma tuvo. Fue el que le dio el empujón para sacarla de los ligues baratos y situarla arriba. Arriba del todo.

—¿Es decir le «instaló» esto?

—Exacto: le instaló esto hace tiempo. Pero Oscar no corrió ningún riesgo porque sabía que era un negocio seguro. De todos modos Norma también ganó, porque a partir de aquel momento tuvo dinero largo y no necesitó acostarse con todos los que le hacían una seña. Sólo Oscar tuvo derecho sobre ella, y se convirtió en algo así como su querida fija.

—Entiendo —musitó Paul.

—Ya ves... Este es un mundo más bien triste. Lo que pasa es que luego te acostumbras y te parece normal.

—Lo comprendo muy bien, Janine. ¿Dónde vive Oscar?

Ella palideció de repente.

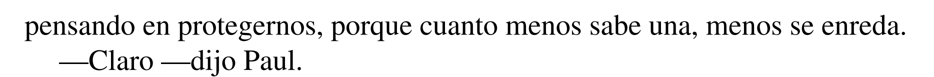
—Oye, no te irás a meter con él —susurró.

—No lo sé.

—Pues yo tampoco sé dónde vive. Olvídalo.

—Pero tendréis algún número de teléfono por si ocurre algo. .

—No hace falta que llamemos. Los tipos como Nick lo tienen controlado todo y vienen aquí .cada día, de modo que si pasa algo se enteran antes que nosotras. Además, Norma no nos daba demasiadas explicaciones, quizá


pensando en protegernos, porque cuanto menos sabe una, menos se enreda.

—Claro —dijo Paul.

Y pensó en Nick.

Buen pájaro aquél.

Tal vez podría hacerle cantar a cuatro voces.

—Creo que no me voy a estar más tiempo aquí —musitó—. Ya os he dado demasiado la lata.

—¿Es que te vas a ir? —preguntó mimosamente Janine.

—Es prudente que lo haga.

—Lástima —dijo ella—. Tengo la sensación de que no te ha gustado. Pero eso siempre se puede rectificar.

Y se lanzó de nuevo al ataque.

Paul pensó en el primer momento en llamar una ambulancia, pero no había ningún teléfono allí.

Luego se resignó a su suerte.

Según como rodaran las cosas, mejor sería al fin y al cabo llamar a una funeraria.

CAPÍTULO VI

NICK ESTABA MASTICANDO SU PROPIA SANGRE EN EL ASIENTO POSTERIOR DEL COCHE, pues se había herido en sus esfuerzos desesperados para escapar. Cuando Paul lo metió en el automóvil, el granuja había intentado romper uno de los cristales con la cabeza, y el resultado fue abrirse una tremenda brecha en la frente. Ahora la sangre le resbalaba por toda la cara.

Paul se puso al volante.

No había resultado fácil tener a su enemigo en aquella situación, sin posibilidad de defenderse.

Primero había tenido que registrarle arriba, cuando aún estaba atado en aquella dolorosa posición. El registro le había permitido encontrar sustancialmente una pistola, una navaja y las llaves de un coche «Mercedes». Se podía saber que era un «Mercedes» porque llevaba la marca grabada en una de las llaves.

Luego había pegado un terrible golpe en la nuca de Nick, dejándolo con el aspecto de un tipo al que acaban de apuntillar. Sólo entonces lo desató y pidió ayuda a una de las chicas.

—¿Tiene el coche estacionado ante la puerta? —preguntó.

—Sí. A esta hora siempre lo deja en el vado.

—¿Es un «Mercedes»?

—Y de los Dueños.

—Pues ponte el abrigo y ayúdame a bajarlo. Si nos cruzamos con alguien, diremos que está borracho y que lo llevamos a casa. Limpiadle la sangre bien.

De ese modo fue posible meter a Nick en su propio portaaviones, porque en el breve trecho de la casa hasta el coche no se cruzaron con nadie. Y ahora estaba allí, convertido en una piltrafa, con las manos atadas otra vez, mientras Paul conducía por las calles silenciosas.

Su intención era llevarle a algún descampado y allí obligarle a hablar, aunque fuera partiéndole la lengua en pedazos. Pero inmediatamente se dio cuenta de que eso no iba a ser tan fácil.

No podía decirse que hubiera tenido suerte. Porque casi en el momento en que él arrancaba desde el vado de la casa, llegaba a ésta otro automóvil que también debía ir al mismo sitio. Era un «Volkswagen Passat».

Paul no le prestó atención hasta que se dio cuenta de que el «Volkswagen», que ya había iniciado la maniobra de aproximación a la acera, se despegaba bruscamente de ésta y perseguía al «Mercedes». Sin duda el conductor había reconocido la solemne carroza de Nick, pero dándose cuenta de que no era Nick quien la conducía.

Paul ahogó una maldición.

En un momento tan crítico como aquél tenía detrás a otros pistoleros de la banda. No le quedaba más remedio que tratar de escabullirse si no quería que

le cosieran a balazos.

Como ya estaba en los Campos Elíseos y a aquella hora había muy poco tráfico, dio gas a fondo en dirección al Bosque de Bolonia. Al llegar a la Porte Dauphine se saltó una luz roja, estuvo a punto de estrellarse contra un camión, patinó sobre dos ruedas y, cuando logró estabilizar el coche, volvió a dar gas en dirección al hipódromo de Longchamps. El chirrido espectral de las ruedas del «Mercedes» llenó la noche.

Pero el «Volkswagen» no le había ido a la zaga. Tras hacer perder el equilibrio a un motorista que se estrelló contra la acera, los perseguidores se saltaron también la luz roja y dieron dos terribles bandazos contra otros tantos coches que estaban estacionados bajo los árboles.

Las parejas que estaban allí dentro, haciendo posible la prosperidad de Francia, ni se enteraron.

Claro que también había otros coches donde las que «trabajaban» eran profesionales, pues muchas de ellas llevan a los clientes al Bosque de Bolonia. Y éstas sí que lanzaron por las ventanillas lo mejor de su repertorio.

—¡Canallas! ¡Cabritos! ¡Hijos de ramera barata! ¡Glup, glup!

Paul se dio cuenta de que con su «Mercedes» podía conseguir ventaja, pero tampoco se atrevió a dar gas a fondo porque entonces el accidente era inevitable. A ciento cincuenta como iba por aquel paraje oscuro, casi no podía ver ya lo que se le ponía por delante.

Nick iba aullando en el asiento de atrás.

—¡No! ¡Maldito hijo de puta! ¡Párate! ¡Nooooo...!

Cada vez que las ruedas chirriaban en las curvas, sentía que el estómago le subía a la garganta. Y ahora ya no trató de abrir más las portezuelas porque sabía que, si salía despedido a aquella Velocidad, no iban a encontrarle enteros ni los tobillos.

El «Volkswagen» también se había lanzado a una velocidad suicida. El conductor era un profesional y daba gas a fondo, siguiendo las luces posteriores del «Mercedes». En eso tenía ventaja, porque Paul debía fijarse en el camino, mientras que su enemigo sabía que por donde pasaba el «Mercedes» podía pasar él.

Paul vio las luces del hipódromo.

Sus dientes chirriaron.

Los ojos se le desencajaban a causa de la terrible tensión.

Una mancha se cruzó entonces ante él. Vagamente, en fracciones de segundo, le pareció notar que era una moto con dos muchachos. Frenó estruendosamente para evitar el atropello, notó que las ruedas patinaban y el «Mercedes» dio dos bandazos cuando la moto pasaba. El coche chocó de costado contra un árbol y se dejó en el camino media puerta, volvió a la calzada y recuperó difícilmente el equilibrio tras girar sobre sí mismo.

Cuando volvió a ver el camino libre delante de él. Paul dio gas. Pero ya era demasiado tarde para evitar lo inevitable.

Tenía ante él una de las puertas del hipódromo.

Ya no podía frenar.

De modo que inclinó la cabeza y se lanzó mientras Nick, atrás, gritaba desesperadamente:

—¡Tu madreeeeee...!

El grito fue ahogado por el terrible estruendo.

¡BLAAAAA!

Otro coche hubiera saltado en pedazos, pero el «Mercedes» lo aguanta todo. Las puertas cedieron, y el vehículo pasaba a ciento cincuenta, dejándose en el camino parte del capó, los parachoques delanteros, un faro y los limpiaparabrisas. Por una especie de milagro que ningún mecánico entendería, el motor siguió funcionando.

Paul se encontró de pronto ante un espectáculo que le pareció inverosímil.

Estaba en las mismísimas pistas del hipódromo de Longchamps.

Todas las luces estaban encendidas.

Y hacia él venían... ¡venían cinco caballos al galope rabioso!

En fracciones de segundo, al darse cuenta de que no había público, Paul comprendió que se trataba de una carrera de entrenamiento de varios caballos de una misma cuadra. Le parecieron cinco balas lanzadas hacia él, que por otra parte... ¡tenía agarrotado los frenos!

Dio otro bandazo y se arrojó contra la valla, deshaciéndola, pero el rebote le hizo volver a la pista. Cerró los ojos al darse cuenta de que los caballos seguían viniendo hacia él y él iba hacia los caballos a ciento cincuenta por hora.

Lo sintió por aquellos magníficos animales y por los pobres jockeys de los que no iban a quedar ni las gorras. Pero cuando volvió a abrir los ojos se dio cuenta de que no había matado a ninguno.

Eso sí, vio a tres caballos en las tribunas del público, adonde sus jinetes los habían llevado in extremis. Vio que otro había saltado la valla. El último corría alocadamente por el centro del hipódromo, tras haber derribado al jockey en el centro de la pista.

Fue ese pobre jockey el que se la cargó.

El «Volkswagen» que llegaba detrás lo arrolló y lo partió en dos pedazos sin que su conductor pestañeara.

Paul sintió una cosa amarga en la garganta. Volvió a dar gas, derribó la valla y atravesó el hipódromo por el centro para volver a la puerta por donde había entrado.

Su perseguidor incansable fue tras él.

Se oían gritos en todas partes.

Una sirena se puso a aullar.

Y Paul se encontró de nuevo en el Bosque de Bolonia mientras le parecía que todo daba vueltas en torno suyo. Vio una masa de árboles que avanzaba hacia él.

La esquivó en el último segundo mientras otra vez giraba sobre dos ruedas. El motor rugía de tal modo que parecía ir a estallar.

Tomó la curva como un suicida.

Era uno de los lugares irás oscuros del bosque. Además, como sólo un faro le funcionaba —y a medias—casi no podía ver. Entonces se lo jugó todo a una carta, al darse cuenta de que los frenos le volvían a obedecer en parte.

Dejó el coche cruzado en medio del camino, a la salida misma de la curva.

El saltó con la velocidad de un puma.

Rodó entre la hierba.

Y lo que tenía que ocurrir ocurrió.

Lo vio todo como en una alucinación.

Los del «Volkswagen» habían tomado también la curva a una velocidad suicida. Y ya no podían frenar.

La mole del «Mercedes» les cortaba el paso.

Sus caras aterradas parecieron dibujarse en el aire.

Vibraron en él sus gritos de muerte.

Luego todo fue una bola de fuego.

Un estallido que llenó la noche.

Los dos vehículos se confundieron en una sola y horrísona masa de chapas que ardían y de cuerpos que se calcinaban. Uno de ellos salió convertido en una tea, pero no llegó muy lejos. Quedó abrazado a un árbol, como un siniestro amuleto. El árbol también empezó a arder.

Paul asistió alucinado a aquella masacre.

Varios coches más se habían detenido en el cruce, sin que nadie se atreviera a acercarse. Pero Paul se dio cuenta de que los faros lo iluminarían y más tarde llegarían a identificarle. Por eso se largó de allí a toda velocidad.

Volvían a oírse por todas partes las sirenas roncas de la policía. Estaba claro como el agua que los gendarmes darían una batida a fondo por el bosque, deteniendo a todos los sospechosos, y uno de los sospechosos iba a ser él.

Por lo tanto le convenía escabullirse, aunque no sabía bien cómo, Y de pronto halló la solución en aquella chica que le sonreía desde la ventanilla de un viejo «Simca».

Bueno, lo de «chica» es un decir. Al menos tenía cincuenta años.

Ella musitó:

—¿Qué, chato? ¿Hace?

Paul no sabía ni dónde estaba.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Pues si te parece leemos el catecismo, hombre.

—Ah, está bien —dijo Paul, dándose cuenta de que aquello podía ser una buena escapatoria.

—De acuerdo. Son cien francos y la propina.

—¿Pero qué leches de propina? —preguntó Paul.

—¡Por la tapicería, hombre...! Es que tengo que ahorrar para la tapicería, cochón!

Paul susurró:

—De acuerdo, respetable señora. Por den francos, déjeme dormir un rato.

Y se metió dentro del «Simca».

Como sistema para dar esquinazo a la policía, era tan bueno corno cualquier otro.

* * *

LA SECRETARIA DE LA OFICINA SE ESTABA DESARRUGANDO LA FALDA; pues acababa de abrir, y la habían puesto perdida los achuchones del autobús, cuando Paul entró como un rayo.

Bueno, ella aún no sabía que se llamaba Paul.

Sólo le pareció un joven alto y agradable que tenía pinta de no haber dormido en diez noches.

—Ustedes son la mejor gestoría automovilística de París —dijo el recién venido.

—Intentamos serlo. ¿Qué le pasa, joven? ¿Ha atropellado al presidente?

—Por ahora no, pero todo llegará. Sólo quiero que me den el domicilio del dueño de este coche. Nombre y domicilio. Y ahora mismo. Pagaré lo que sea. Necesito la investigación más urgente que sean capaces de hacer.

La chica prometió:

—De acuerdo. Pase a esa salita y espere sólo veinte minutos. Creo que en ese tiempo se lo podremos resolver.

Se lo resolvieron en veintidós.

El dueño del «Mercedes», cuya matrícula acababa de dar a la chica, se llamaba Nicolás Frost, lo cual explicaba el diminutivo de Nick. Tenía la nacionalidad francesa, pero había nacido en Orán de padres americanos. Vivía en un apartamento nuevo del bulevar Magenta.

Paul corrió hacia allí.

Sabía que se la estaba jugando, pero todo dependía de quien ganase aquella carrera contra reloj. Si él llegaba antes de que los del gang reaccionaran, podría registrar el apartamento de Nick, ya que de los cadáveres de éste y sus compañeros no había quedado nada.

Se plantó en el bulevar Magenta.

Y vio la casa.

Buen sitio aquél. Sitio para nuevos ricos a quienes les gusta vivir en un ambiente clásico. Un edificio totalmente reconstruido, pero con sabor francés. Y en la puerta un conserje con cara de perro que busca perra.

Paul le mostró su carnet de prensa. Aún no había caducado. Dijo que iba a las oficinas de la Siemens, que estaba en el mismo inmueble, según vio de reojo en el cartel de inquilinos.

Pero en realidad subió al apartamento de Nick.

Era en el ático. Había un solo piso por planta, lo cual indicaba que el ático debía ser grande, o al menos debían ser grandes sus terrazas. La puerta no le pareció a Paul muy segura, por lo que se puso a hurgar con un cortaplumas.

Aunque no era un experto, tuvo suerte. La puerta no estaba cerrada con llave, sino sólo con el picaporte, y al cabo de unos instantes cedió. Paul se encontró por tanto en el interior de una sala que parecía haber sido amueblada por un decorador de Hollywood.

Todo era exagerado allí. Exagerado y hasta de mal gusto. Los detalles de riqueza se amontonaban hasta llegar a marear. Nick debía haber sido un tío de pasta, pero desde luego lo había aprendido todo en las películas americanas de los años 40-50.

Paul tuvo la sensación de que estaba solo y empezó a revolver los cajones. La certidumbre de que obraba contra reloj hacía que sus movimientos fueran febriles. Encontró dinero, facturas ya pagadas, joyas baratas, algunas cartas con faltas de ortografía...

La voz dijo entonces a su espalda:

—Vuélvete, cabrón.

Lo que es de cabrón no tenía Paul nada, pero se volvió. Pudo ver entonces a la mujer que le apuntaba con una «Walther» mientras se apoyaba en uno de los sillones de la pieza.

Porque la mujer apenas se tenía en pie. Debía haber estado bebiendo toda la noche. Sus ojos nublados lo debían ver todo doble, pero sin embargo sostenía la pistola con mano firme.

La ropa que llevaba consistía en no llevar nada o apenas nada. Se había puesto encima una bata de dormir, pero la bata estaba rota y enseñaba los atractivos que había debajo. Daba la sensación de que aquella bata se la había roto ella misma en una crisis de nervios. Era una mujer trastornada y febril, y Paul sabía muy bien que ésas son las mujeres más peligrosas de todas.

Pero, sin embargo, la chica balbució:

—No te conozco.

—Es natural que no me conozcas. Yo nada tenía que ver con Nick.

—¿Y ahora sí que tienes que ver?

—Sí.

—¿Por qué?

—Soy el hombre que lo mató.

Paul había decidido ir al asunto en línea recta, disponiéndose a saltar cuando ella disparara, pero la sorpresa le dejó helado cuando vio el cambio que se produjo en el rostro de la mujer. Una mueca de alivio apareció en sus facciones todavía bonitas. Su cuerpo se relajó mientras bajaba la «Walther» poco a poco.

—Gracias a Dios —musitó.

Resultaba difícil saber si aquello era una maldición o una oración fúnebre. Pero no se podía apostar por lo segundo.

Paul susurró:

—¿Ya estabas enterada de que ha muerto?

—No.

—¿Pues por qué me has creído en seguida?

—Porque él me prometió anoche, antes de salir, que me las haría pasar moradas. Era un hijo de zorra y un sádico. Le gustaba maltratar a la mujer. Yo estuve bebiendo para darme ánimos y aguantarlo todo, pero, al fin, él no ha venido. Por eso creo que está muerto.

—Nunca dejaba de cumplir sus promesas, ¿eh?

—Según y cómo. Cuando te decía que te iba a dar mil francos, lo olvidaba. Cuando te decía que te iba a dar una paliza, no lo olvidaba nunca.

—¿Sabes cómo ha muerto?

—Espero que al menos haya sufrido —dijo ella con voz espesa.

—Se ha quemado vivo.

La chica no debía ser lo que se dice un ángel de la caridad, porque quiso saber:

—¿Ha durado mucho?

—Lo suficiente para darse cuenta.

—Mejor.

—Tú no le querías demasiado, ¿verdad?

—Lo odiaba.

—¿Y por qué estabas con él?

El rostro de la mujer se tensó. Una sombra pasó entonces por sus facciones, que de pronto parecían haberse vuelto metálicas.

—¿Por qué muchas mujeres están con muchos hombres? —balbució—. ¿Se lo quieres ir preguntando una a una?

—¿Miedo?

—Primero fue el dinero —dijo ella mientras se dejaba caer en uno de los divanes—. Luego fue una cosa todavía más sencilla: fue el horror.

—¿Tenía mucha pasta Nick?

—Oye..., ¿tú quién eres? ¿Por qué preguntas tanto? ¿Eres uno de esos maricas de la bofia?

—No soy ni marica ni de la bofia. Soy simplemente el hombre que mató a Nick. Contesta.

Ella se encogió de hombros.

—Tenía dinero —dijo—, pero no tanto como parece. Algunas cosas de aquí aún las debía.

—¿Se las pagaba Oscar? ¿Le hacía préstamos para tenerlo más y más sujeto?

—¿Qué sabes tú de Oscar? —gruñó ella.

—Sé que es el jefe y que explota mujeres como tú. —Pues ya sabes demasiado. Olvídalo.

Paul hizo una mueca. Se daba cuenta de que el tiempo corría y de que en cualquier momento podían llegar los compañeros del muerto, en cuanto fueran atando cabos. Mientras se sentaba junto a la chica murmuró:

—¿Ha llamado alguien?

—No.

—¿Dónde vive Oscar?

—Oye, ¿tú qué es lo que buscas?

—No lo sé —reconoció Paul—, pero estaba buscando esto en busca de algún indició. Ahora eso no me hará falta porque tú puedes ayudarme.

—Quieres la dirección de Oscar, ¿eh?

—Por favor, dámela.

—¿Sabes rezar?

—A ratos aún me acuerdo.

—Entonces te la daré. Vive en un chalé de la carretera de Versalles. El chalé se llama como un famoso café de París: La Rotonde.

Paul supo que recordaría el nombre. Musitó:

—Gracias. No sabes el favor que acabas de hacerte a ti misma. Pero aún quisiera que me contestases a algo más.

—¿Qué es?

—¿Has oído alguna vez el nombre de Norma Foret?

—Claro... Es uno de los mejores negocios de Oscar. Un prostíbulo más o menos camuflado, con chicas fuera de serie.

—¿Y dónde está Norma Foret?

La mujer rió con entonación pastosa.

Luego se puso en pie, mostrando ante los ojos de Paul las opulentas curvas de su espalda. Tenía unos relieves que hubieran hecho volver la cabeza a todo un regimiento de la guardia napoleónica. Cuando estaba al otro lado de la habitación, abrió un secreter y dijo:

—Mira... Aquí hay algunos papeles privados de Nick. Tómalos.

Le tendió una pequeña cartera. Paul la guardó.

Ella hizo un ademán de hastío.

—Y ahora deja que siga bebiendo —barbotó—. Vete de una puñetera vez.

Estaba a punto de caerse. Paul se dio cuenta de que aquella mujer nunca volvería a ser una mujer. De que en el fondo de su corazón estaba todo muerto.

Y sintió un odio indefinible hacia los que la habían convertido así, hacia los que la habían puesto al borde de aquel abismo.

—Al menos que el whisky sea de marca —dijo mientras abría la puerta.

Pero ella ya no debió oírle. Se limitó a sacar de un cajón una botella entera de «Chivas».

«Pues sí —pensó Paul mientras arqueaba una ceja—. Es de marca...»

CAPÍTULO VII

EN LA CARTERA HABIA ALGUNOS BILLETES, además de documentos. En total unos dos mil francos que Paul se guardó, pues pensó que era muy razonable el que Nick contribuyese a los gastos de su propio entierro.

Los documentos eran poco importantes. Listas de nombres de chicas con sus correspondientes teléfonos, lo cual significaba que debían ser mujeres a las que se obligaba a trabajar para el gang. Relación de matrículas de coches, lo que indicaba que algunas veces la banda circulaba en vehículos con placas falsas. Descuentos que se hacían en determinados restaurantes y hoteles. Listas de edificios con la aclaración «discreto» o «poco discreto», indicando sin lugar a dudas que eran lugares donde se pensaba instalar nuevas sucursales del negocio.

En la cartera había más cosas.

Pero además algo que llamó poderosamente la atención de Paul. Era algo que parecía no tener importancia, pero que no encajaba allí: el certificado del primer pago por el alquiler de una tumba.

Estaba a nombre de Nick.

¿Una tumba? ¿De quién? De alguna mujer, sin duda.

El joven pensó qué lo mejor era averiguarlo por sí mismo. Hasta entonces se había dado un hartazgo de visitar tías buenas.

Tampoco era pedir demasiado que por una vez hiciese una visita a una tía muerta.

* * *

PERO ANTES NECESITABA ALGO QUE YA LE ESTABA HACIENDO MUCHA FALTA. No era lógico que siguiese así exponiéndose a una lluvia de balazos sin poder responder adecuadamente. Tenía que encontrar un arma.

Lamentó no haberle pedido la «Walther» a la mujer del bulevar Magenta, porque era muy posible que ella se la hubiese dado. Pero aún le quedaba una oportunidad, y la puso en marcha.

Su amigo René era un viejo héroe de la Resistencia. Tenía licencia de armas y un «Colt» reglamentario del ejército inglés en la Primera Guerra Mundial. Un arma antigua y pesada, pero de calidad bien comprobada y de una eficacia demoledora. Atravesaba el cuerpo de un hombre a cien yardas.

René ya chocheaba. Era un hombre maduro cuando la liberación de París, y ahora estaba al borde de la senilidad. De vez en cuando pensaba que la guerra aún no había terminado y salía al galope de su dormitorio para ofrecerse voluntario a saltar en paracaídas sobre Berlín y matar a Hitler. Lo malo era que varias veces había estado a punto de matar a sus nietos. Cuando

la familia le veía salir corriendo del dormitorio, todos gritaban:

—¡Retiradaaaaa...!

Fue un alivio para los hijos el que Paul se llevase aquel «Colt» del que el viejo no quería separarse.

René se lo prestó con la condición de que matara a una docena de alemanes y luego volara clandestinamente a Londres para contárselo todo al general De Gaulle.

El rufián de Paul se lo prometió.

Cuando tuvo la pistola, se sintió más seguro.

No pensaba escurrir el bulto. Si mataba a alguien, diría que había sido él sin que cargaran ninguna responsabilidad a René.

Luego fue al cementerio del Padre Lachaise, que era donde estaba la tumba.

Buen paseo aquél, oiga.

Usted coge el Metro hasta Nation y durante largos minutos, pues tiene un sector elevado, planea sobre el París viejo, el París de los *bistró*, el de las buhardillas, el de las ventanas con cortinas color tiempo, el de los tejados tristes, el de las escaleras con un solo avecé para todos los vecinos, el de las chicas que sueñan vivir un día en la Avenue Foch. Usted se apea en la estación que lleva el nombre del cementerio, sale de allí, se persigna y... ¡hala, a rezar!

Paul iba a hacer algo más complicado: buscar una tumba. En uno de los cementerios más grandes de Europa, como es el del Padre Lachaise, eso requiere una cierta dosis de paciencia, pero a Paul le sobraba el tiempo. Lo único que le importaba era llegar hasta el final.

Se metió en el enorme recinto. Los panteones románticos donde está parte de la historia de Francia se sucedían unos a otros. La atmósfera de la mañana era neblinosa y gris. Todo acompañaba en aquella especie de peregrinación mortuoria, de peregrinación al Más Allá, hacia lo desconocido y lo siniestro.

Paul buscó según la dirección indicada en el recibo.

Y entonces vio la tumba.

Vaya si la vio...

Pera maldito si se fijó en ella.

La única cosa en la que clavó los ojos fueron las piernas de la chica.

Y es que cuando a uno le han puesto delante dos cosas vivas así, ¿qué necesidad tiene de fijarse en las cosas que están muertas?

* * *

LA MUCHACHA ESTABA SENTADA EN UNO DE LOS BORDES DEL PANTEON. Parecía meditar. Estaba como ausente, como ida, y no se había dado cuenta aún de que Paul la miraba a poca distancia.

Aquella forma tan espontánea de estar sentada, creyendo que no la veía nadie, tenía sus ventajas desde el punto de vista turístico.

Enseñaba bastantes detalles.

Eran unos detalles que seguirían siendo notables cuando ella cumpliese los cuarenta años, pero que a los veinte resultaban casi enloquecedores. Paul hubo de confesarse que quizá nunca había visto una chica tan perfecta como aquélla.

Lástima.

Las chicas perfectas siempre se las lleva otro.

Vestía con una elegancia espontánea, con una distinción que parecía haber nacido con ella misma. Su pelo era rubio y su boca sana y ancha. Todas las líneas de su cuerpo, aunque a ella quizá no le gustara demostrarlo, indicaban salud, vitalidad, sexo palpitante.

Paul se acercó lentamente.

De pronto ella le vio.

En sus ojos hubo una lucecita de alarma.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Paul.

—Eso no significa nada. No le conozco.

—Lo sé.

—¿Y qué quiere?

—Soy periodista.

—Pues ha equivocado el tiro. Váyase. Soy una persona insignificante y además no tengo nada que decir.

—También lo sé. No he venido a escribir cosas para que la gente las lea. Es mucho más grave que todo eso, créame. Y le ruego que me escuche.

Hablaba en tono educado, suave. En los ojos de la chica brilló una chispita de interés.

—Dígame lo que quiere —musitó—. Pero pronto.

Paul fue a decir algo.

Pero de repente quedó quieto.

Con las facciones crispadas. Sin saber qué pensar.

Porque acababa de ver el nombre que estaba grabado en aquella lápida.

Era un nombre que conocía bien. Un nombre de pocas letras:

«NORMA FORET»

CAPÍTULO VIII

LA CRISPACION DE LA CARA DE PAUL FUE TAN PATENTE que la muchacha hubo de notarlo por fuerza. Le miró con ojos entrecerrados mientras barbotaba:

—¿Qué le pasa?

Paul dijo con voz velada:

—No he venido aquí por casualidad. Buscaba esta tumba.

—¿Usted?, ¿Por qué? ¿Conocía este nombre? ¿Quién se lo dio?

—Antes le ruego que me conteste usted a unas preguntas. Por favor, tenga confianza en mí. Estoy aquí no en mi interés, sino en el suyo y en el de algunas personas que se han ido dejando la piel en este cochino asunto. Simplemente trato de llegar hasta el fondo de la verdad.

—¿Qué verdad? ¿Qué es lo que busca?

—Si no le importa, empiece por decirme su nombre

—Me llamo Christine, pero todo el mundo me conoce por Chris.

—¿Y qué edad tiene?

—Veinte años.

—¿Qué significaba para usted Norma Foret?

—Lo significaba todo.

—¿Por qué?—Era mi madre.

Los hombros de Paul sufrieron un leve estremecimiento. Echó un poco la cabeza para atrás y dijo mirando al vacío:

—Debió tenerla a usted siendo muy joven.

—Sí... Extremadamente joven.

—¿Quién era su padre?

—No lo sé.

Chris había hablado con sinceridad, con dolor, con una ruda franqueza. Chris le acababa de confesar con aquellas tres simples palabras una parte del profundo drama de su vida.

Paul susurró:

—Si le molesta que hablemos aquí, vamos a otro sitio.

—No, no me molesta de ningún modo. A veces es un alivio tener alguien con quien hablar, aunque sea un desconocido.

—Pretendo no ser un desconocido, Chris. Le he dado mi verdadero nombre. Todo empezó con una casualidad macabra, pero desde entonces no he hecho más que seguir un camino de sangre.

—¿Qué macabra casualidad? —susurró ella—. ¿De qué me habla?

Paul tomó asiento al otro lado del panteón y la miró. No quería fijarse en sus piernas, pero los ojos se le iban hacia aquel hueco fascinante de la falda. Con la mirada perdida, estuvo un rato concentrado en la quietud del cementerio y pensando que aquél era un buen sitio para una confesión.

Luego se lo contó todo a Chris. Lo hizo con sinceridad, casi con ternura.

Le habló de su visita al viejo cementerio de Ivry para buscar un reportaje, del hurto de la calavera, del terror de la señora Blanchard, de las extrañas muertes, de la casa de la Avenue George V.

Le confesó que ya no buscaba nada para él, sino sencillamente eliminar a todos aquellos matones, a todos aquellos asesinos, a toda aquella carroña.

Ella le escuchaba en silencio, con una total concentración.

Hubo incluso un instante en que sus ojos parecieron humedecerse.

Luego el silencio pareció flotar entre los dos.

Y los dos respiraron aquel aire quieto, se hundieron en aquella atmósfera que parecía estar tan alejada de París, de sus vicios, de sus miserias y de sus crímenes. Aquella atmósfera que parecía haberlos dejado solos en el mundo, uno frente al otro.

Después de un largo silencio, ella musitó:

—Todo tiene su explicación, Paul, y en este caso la mía es muy sencilla. Está bien claro que Oscar mató a mi madre, pero para eso tuvo que eliminar antes a Annelise, que pese a ser una mujer era una guardaespaldas fuera de serie. El sistema para hacer desaparecer su cadáver fue el que por casualidad te puso a ti en la pista de todo esto.

—Cierto —dijo Paul.

—Luego pudo matar a mi madre con cierta comodidad, puesto que mi madre estaba ya indefensa. En este caso pudo preparar el crimen con todas las garantías. Simuló un accidente y la policía ni siquiera se molestó en investigar. Oscar no había dejado ningún cabo suelto

—¿Qué hiciste tú? ¿Sospechaste que tu madre había sido asesinada?

—Claro que lo sospeché; es más, tenía la certeza moral de que lo había sido. ¿Pero qué recursos quedaban en mi mano, aparte el de visitar esta tumba? Ir a la policía era inútil porque no existían pruebas de ningún delito. Luchar con mis propias fuerzas era más inútil aún.

—Lo comprendo muy bien.

—Piensa que el imperio de Oscar es importante, más importante de lo que mucha gente cree. En torno a la prostitución de gran lujo se mueven cosas que poco tienen que ver con ella, pero que están relacionadas comercialmente entre sí. Por ejemplo discotecas, clubs privados, casas de juego, bares de categoría, saunas, casas de masaje, hoteles... Es todo un mundo. En los últimos tiempos, además, se ha abierto un nuevo mercado: el de los filmes pornográficos y las revistas eróticas. Hombres como Oscar facilitan «la materia prima». Una modelo cobra mucho por sesión, y sus «agentes» y «promotores» se llevan una parte. Si en los negocios normales ya hay mucha suciedad, imagina la que habrá aquí. Todo esto significa que los tipos como Oscar necesitan un control absoluto sobre cientos de mujeres.

Paul hizo un gesto de asentimiento.

—He dicho «control absoluto» —insistió ella—. Nada de desviarse, nada de protestar. Si una chica da beneficios en París, se la mantiene en París. Si hay que enviarla a Kuwait, la envían a Kuwait. Ese es el peor de los destinos,

porque los jeques árabes las compran materialmente como esclavas. Pero el río de oro que todo eso significa no tiene límites.

La voz de la muchacha era triste, lenta.

Parecía hecha para sonar en aquel aire espectral del cementerio.

—No hace falta que me digas lo difícil que es penetrar en ese mundo —susurró Paul—. Tengo pruebas suficientes de ello. Pero hay todavía una serie de cosas que sigo sin entender.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, ¿puede ser Oscar tu padre?

—No.

La voz de la chica .había sido rotunda.

—¿Por qué dices que no con tanta seguridad? —preguntó él—. Es desagradable hablar de esto, pero debes ya saber que Oscar y tu madre sostenían relaciones íntimas.

—Claro que lo sabía. No soy tan niña.

—¿Entonces...?

—Por la época en que empezaron a ser amantes, yo ya había nacido. Mi padre pudo ser cualquiera. Sí. Estoy contigo en que es desagradable hablar de esto, pero hay momentos en que las verdades hacen falta. Mi madre, cuando era casi una niña, hacía «la carrera» por los sitios elegantes de París. Sé perfectamente que yo puedo ser el fruto de una noche de lo que entonces eran doscientos francos.

Y hundió la cabeza. Otra vez sus ojos se habían humedecido. Paul notó que la tristeza les envolvía, les ahogaba, más densa y agobiante que nunca.

—Además sé que no es mi padre por otras razones —añadió, secamente, ella.

—¿Qué razones?

—Está loco por acostarse conmigo.

Las palabras fueron secas y descarnadas. Paul notó una sacudida en sus propios labios. Sus nudillos chocaron y produjeron un chasquido.

—Eso explica la muerte de mi madre —dijo Chris—, porque supongo que la muerte de mi madre es otra de las cosas que no entiendes.

—Realmente no lo entiendo, Chris.

—¿Sabes por qué la mató?

—Espero que me lo expliques.

—Los canallas como Oscar, cuando han conocido a la madre, sienten el irrefrenable deseo de conocer a la hija.

Paul no oyó apenas su propia voz.

—Sí —dijo como en un eco.

Sentía una especie de oscuras náuseas.

—Oscar se lo pidió como una exigencia. Le parecía absolutamente natural. Pero mi madre no me había criado para eso —añadió ella.

—Lo supongo, Chris.

—Precisamente las mujeres que se han visto obligadas a vender su amor,

las que saben lo que es la falta de un auténtico cariño, son las que más interés tienen en que sus hijas no continúen por la misma senda. Mi madre me educó bien lejos de París y además sin reparar en los gastos. Sólo cuando volví aquí, al terminar mis estudios, me di cuenta de muchas cosas que hasta entonces no habían tenido sentido.

—Sigo entendiéndolo perfectamente, Chris.

—Imagino que Oscar y mi madre debieron discutir sobre eso muchas veces, hasta llegar al odio. Oscar me visitaba a veces en el pensionado y yo me daba cuenta de que era el querido de mi madre, pero jamás imaginé que también me vería hundida en ese oscuro pozo. Ahora... ahora sé lo difícil que es salir de él.

Y volvió la cabeza hacia Paul.

Pero inmediatamente brilló una chispita en sus ojos.

Era una chispita donde temblaba el miedo.

—A tu izquierda... —dijo sin mover apenas los labios, con un hilo de voz, para que nadie se diese cuenta de que le advertía—. A tu izquierda... ¡AHORA!

Paul debió su vida a aquella advertencia. Se pudo mover a tiempo.

Con un seco impacto, la bala se estrelló contra la lápida.

CAPÍTULO IX

HABIAN DISPARADO A CORTA DISTANCIA DE ALLI, entre los panteones situados justamente a la izquierda, y el plomo se estrelló justo en el sitio que hubiera debido ocupar la cabeza de Paul. Si éste no. llega a moverse una décima de segundo antes, allí se acaban todas sus pesadillas.

Instantáneamente rodó por encima de la lápida, mientras arrastraba en su movimiento a Chris. Sintió apretada contra la suya la carne dura y tensa de la joven mientras un nuevo taponazo atravesaba el aire quieto del cementerio.

Estaban disparando con silenciadores y eran cuatro los hombres que se movían entre las tumbas, en aquel rincón olvidado del cementerio. Era como si Paul y la muchacha se encontraran con sus enemigos en una isla desierta, porque nadie oiría los disparos y por lo tanto nadie acudiría en su ayuda jamás.

Chris bisbiseó:

—Oscar...

—¿Es uno de ellos?

—Sí. El más viejo...

Paul no tuvo apenas tiempo de mirarlo, porque estaba rodando materialmente entre las lápidas. Pero comprendió que todo dependía de su decisión y que, si vacilaba un solo segundo, acabaría con una docena de corrientes de aire entre pecho y espalda.

Sacó el voluminoso «Colt».

Los cuatro hombres avanzaron, dos por cada lado.

Se sentían muy seguros de sí mismos, dándose cuenta de que dominaban la situación. Pero cuando uno de ellos dobló el panteón de la derecha, sintió un choque brutal en la frente.

Le pareció oír una detonación muy lejana.

Como si un barreno estallara dentro de su cabeza.

En realidad la pesada bala de aquel «Colt» militar le levantó la tapa de los sesos, pero él no llegó a darse cuenta. Giró sobre sí mismo y se estrelló contra una corona esculpida en la piedra.

Los otros tres se parapetaron inmediatamente, al darse cuenta de que Paul era de los que no fallan. Con sus silenciadores enviaron una rociada de balas contra la lápida que servía de protección a los dos jóvenes, lápida que saltó desencajada a causa de los impactos.

Paul barbotó:

—¡Allí!

Había visto otro panteón, coronado por un grupo de ángeles, y que podía servirles de parapeto. Con una agilidad que hubiese envidiado un auténtico comando, la muchacha saltó hacía allí mientras giraba espectacularmente en el aire para esquivar las balas.

Paul estaba seguro de que el disparo de su pistola debía haber llamado la

atención de alguien, y de que por lo tanto los minutos corrían a su favor. Se parapetó entre los ángeles mientras volvía a disparar.

Se oyó un grito.

Pero no fue de dolor. Esta vez no había logrado alcanzar a nadie. Todo aquel extraño coro de ángeles funerarios saltó de su pedestal al recibir una nueva andanada.

Ahora otro hombre llegaba por la izquierda.

Con su pistola, que parecía un rifle a causa de la longitud del silenciador, apuntó a la muchacha. De pronto se oyó un estampido y aquel tipo, se llevó las manos al bajo vientre mientras lanzaba un grito de agonía.

Era Chris la que acababa de disparar con una pequeña «Smith & Wesson». Y a juzgar por el terrible destrozo que la bala produjo, debía ser un proyectil con la punta hendida en forma de cruz, para que se abriese al penetrar en la carne.

Paul no podía creerlo.

Pero los efectos mortíferos del proyectil estaban allí. La sangre salpicó las tumbas.

Inmediatamente Paul se lanzó.

Acababa de darse cuenta de que sus otros dos enemigos llegaban a la carrera. Uno de ellos tenía que ser Oscar, pero éste apenas resultaba visible. El otro fue a sacar de uno de sus bolsillos un arma que podía cambiarlo todo.

¡Una granada!

¡Si caía entre Chris y él, los destrozaría a los dos!

Los dientes de Paul chirriaron.

Sujetando la pistola con las dos manos, trazó con ella un giro alucinante. Dibujó ante él una auténtica cortina de plomo mientras le parecía sentir ya en los huesos el frío de la muerte.

Le pareció que el tipo de la bomba tardaba una eternidad en caer.

Le pareció que llegaría a tiempo de lanzarla. De repente vio, como si fuera un sueño, que aquel tipo vacilaba, que daba un cuarto de vuelta y que la granada que iba a lanzar caía materialmente sobre su cara.

El estallido la hizo desaparecer.

Aquel cuerpo quedó partido por la mitad.

Varias lápidas saltaron, desencajadas de sus puestos, mientras a corta distancia se oían gritos. Paul no podía estar seguro de si había liquidado ya a todos sus enemigos, pero lo cierto era que no veía a nadie más en pie. Tuvo la sensación de que Oscar estaba ya listo.

No obstante quiso asegurarse. No podía arriesgarse a dejarlo vivo.

Con un impulso que hasta entonces no había sentido jamás, con una furia homicida que parecía surgir del fondo mismo de su sangre, saltó sobre una de las lápidas. Y vio entonces a aquel tipo que aún se movía.

Había sido alcanzado por la bomba, pero no estaba muerto. Por el contrario, aún conservaba el suficiente vigor para levantar su pistola rabiosamente.

Tenía los ojos desencajados.

De su boca escapaba un hilo de sangre.

Con una voz que no parecía humana, Oscar balbució:

—Perro...

Fue su última palabra.

Paul había sido unas décimas de segundo más rápido.

Su «Colt» ladró otra vez.

La cabeza de Oscar salió despedida hacia atrás como si la hubieran empujado con una catapulta. Los ojos se le salieron materialmente de las órbitas. El hilo de sangre que escapaba de su boca se transformó en un espeso chorro.

Ya no se movió más.

Paul remetió el «Colt» entre la camisa y el pantalón, mientras giraba sobre sus tacones. Ahora los gritos sonaban más cercanos, señal evidente de que alguien se estaba acercando. Al girar, vio a Chris que le hacía una rápida seña.

—Ha reventado —fue todo lo que dijo él.

—Nunca podré... podré pagártelo. Has vengado a mi madre —balbució la muchacha mientras sus pies se clavaban en el suelo, como si fuera completamente incapaz de dar un paso.

—Poco importa a quién he vengado —masculló Paul—. Lo que interesa ahora es salir de aquí antes de que nos atrapen. ¡Corre hacia aquel lado! ¡Creo que es la única salida!

Los dos se agazaparon entre las tumbas y los panteones, mientras una serie de silbatos sonaban cada vez más cerca. Pero tenían a su favor el hecho de que el cementerio es un auténtico laberinto para quien no lo conozca a la perfección, pues los enormes panteones tapan la vista de cualquiera que se mueva entre ellos. Agazapados como se movían, resultaba imposible distinguirlos a más de diez metros.

Salieron por una de las puertas, confundidos con un grupo de turistas que huían al escuchar los disparos y el estallido de la bomba, como si creyeran que había estallado otra vez la guerra franco-prusiana o algo parecido. Nadie pudo controlarlos entre aquella masa de gente, ya que el cementerio del padre Lachaise es uno de los más visitados del mundo. Corrieron a lo largo de la acera, junto a dos autocares, mientras Chris gritaba:

—¡Allí!

Le señalaba un magnífico «Porsche» amarillo, un último modelo de esos que sólo los millonarios pueden poseer. Ante la incredulidad de Paul, la muchacha abrió la puerta. Y saltó hacia el asiento del conductor mientras, sin poder preocuparse de la posición de la falda, le enseñaba sus esculturales piernas.

—¡Aprisa! ¡Hemos de salir de aquí!

Eso era lo mismo que pensaba Paul, pero de todos modos no se recuperaba aún de su asombro. Mientras Chris arrancaba dando gas a fondo, él preguntó sin poder evitarlo:

—¿Este coche es tuyo?

—¡Pues claro que es mío! ¿O qué piensas? ¿Que no he trabajado en mi vida?

—Tienes razón, Chris. Perdona, éste es un asunto que no me importa.

Enfilaron a toda velocidad hacia el Cinturón Periférico, para dar la vuelta entera a París, entrando en nuevo en la capital por la Porte de Clichy y dando así esquinazo a cualquiera que hubiera podido seguirles. Paul se dio cuenta de que Chris conducía con serenidad, con firmeza, y de que aquel coche deportivo y ultrarrápido era en sus manos un verdadero juguete. No todo el mundo, por bien que conduzca, puede decir lo mismo.

La impresión de que estaba ante una chica admirable, una chica de las que hay muy pocas en este puerco mundo, se fue afianzando en él. Chris era una mezcla de chica desamparada y al mismo tiempo audaz, de huérfana perseguida por los hombres y de verdugo que sabía tenerlos a raya. Chris era una mujercita de esas que «entran», que se adueñan de tu sensibilidad, de tus nervios y de tu instinto. Desde el primer momento en que la vio. Paul ya supo que la tendría grabada para siempre en el fondo de sus sentidos, aunque sus caminos no volvieran a cruzarse más.

Pero ahora sus caminos no sólo se habían cruzado, sino que además continuaban juntos en aquella especie de pesadilla mortal. El destino de Paul, un hombre que había tropezado con la muerte, parecía ser el mismo de Chris, una muchacha a la que la muerte perseguía.

Vio de pronto que se habían detenido ante un hotelito situado en lo mejor de la Avenue Foch. Era una casa ya vieja, pero señorial y distinguida, una mansión que tenía un aire encantador y corrompido a la vez, como si toda la fascinación y toda la podredumbre de París se hubieran dado en él cita.

La planta baja de aquel edificio estaba completamente modernizada, y en ella había un garaje que se abrió mediante una célula fotoeléctrica. Ella depositó el «Porsche» allí y esperó a que la puerta se cerrase quedamente a su espalda antes de decir:

—Vamos.

Paul negó con la cabeza.

—No necesito que te la juegues por mi causa, Chris —dijo con voz opaca —. Soy yo el que ha matado a aquellos tipos, de modo que será mejor que me las entienda yo mismo con la policía. Seguro que sabré dar una explicación. No compliques tu vida ocultándome ahora.

La que negó ahora con la cabeza fue Chris. Hizo un movimiento terco, como de colegiala obstinada.

—No olvides que yo también he matado a un hombre. Estamos los dos metidos en el mismo barco.

—Eso es lo que no he acabado de entender en el primer momento, Chris. No sabía que fueses armada.

—Siempre voy, desde que murió mi madre.

Y abrió la puerta del ascensor, que subía desde el garaje hasta la primera

planta. Cuando abrieron la puerta, Paul tuvo que abrir la boca a causa de la sorpresa al ver la elegante decoración, donde los detalles clásicos se superponían a los modernos, al ver los cuadros, las alfombras, el ambiente... Al darse cuenta de que acababa de entrar en uno de los lugares más elegantes de París, sin que por ello aquel recinto perdiera su aire entre extraño y perverso.

Pero eso no tenía importancia.

El ambiente no era nada. No existía.

Porque allí estaba Chris.

Y Chris sí que era lo único que existía en el mundo.

Allí estaban sus labios, su relieve, su busto.

Allí estaban sus ojos turbadores.

Sus curvas.

—Llevas la pistola en muy mal sitio —dijo ella con una sonrisa—. Entre la camisa y el pantalón... Quítatela.

El se la quitó. La lanzó lejos.

¿Para qué demonios va a necesitar uno una pistola en la cama?

Porque eso sí que estaba claro. Porque lo prometían los ojos turbios de Chris, la sonrisa de Chris; aquella voz espesa que musitó:

—Creo que es lo menos que nos merecemos los dos.

—Chris, tú no me debes nada. Te juro que si lo haces por...

Ella sonrió.

Tenía una sonrisa turbia.

Extraña.

Una sonrisa casi pastosa.

—No te preocupes —dijo—. Estamos solos, las chicas no empezarán a venir hasta dentro de una hora.

Paul arqueó una ceja.

—¿Las chicas?... —preguntó.

La sonrisa se hizo más intensa.

Más pastosa.

Inquietantemente turbia.

—Claro que sí, amor... —dijo—. Las chicas. Lo mejorcito de París. ¿Por qué demonios crees que Oscar quería matarme? ¿Porque me odiaba? ¿Porque no había querido acostarme con él? No, cariño, no era eso. Mató a mi madre y quería matarme a mí porque entre las dos nos estábamos apoderando de su negocio. Porque segábamos la hierba bajo sus pies. Porque lo estábamos dejando con lo puesto. Casi el sesenta por ciento de los negocios de Oscar eran míos hace una hora, pero en este momento, muerto él, ya tengo el cien por ciento.

Y todo esto te lo debo a ti, amor. A tus desvelos, a tu sentido del deber, a tu cariño... De verdad que te lo agradezco... No sabes lo que has llegado a hacer por mí y lo que te lo voy a agradecer en la otra vida.

Y apretó el gatillo.

La pistola había aparecido en una de sus mangas como una carta falsa.

La boca de Paul se abrió. Luego se cerró bruscamente.

Hubo un castañeteo de dientes.

Ni siquiera sintió dolor.

La bala le había penetrado por la sien izquierda.

Cayó de costado, con los ojos todavía muy abiertos.

Chris ni siquiera le miró.

Sólo concentró su atención en el delgado hilo de sangre que fluía, mientras pensaba maquinalmente:

—La alfombra...

CAPÍTULO X

EL PERIODISTA QUE LLEVABA UN TRAJE MAS BIEN RAIDO abandonó el Metro en la estación de Pantin, cerca del cementerio, y avanzó entre las sombras que parecían perderse entre la lobreguez de la noche. Con un periódico doblado bajo el brazo, avanzó hacia el lugar que señalaban las flechas, y donde un cartelón anunciaba a la luz concentrada de los focos: «SERVIVIOS ARQUEOLOGICOS DEL ESTADO.»

Allí, bajo la noche, había una serie de hombres trabajando en una zanja.

Y se veía un espectáculo espectral: más de una docena de calaveras, todavía sucias, depositadas a un lado de la zanja.

El hombre de aspecto distinguido que estaba metido allí, y que era el que se ocupaba de los trabajos delicados, alzó la cabeza al verle.

—Renán... —dijo—. Tú por aquí... ¿Es que te han echado del periódico?

El recién llegado se acuclilló junto a la zanja. Miró al ingeniero que acababa de sacar una calavera tan sucia como las otras. Con voz apagada confesó:

—Me echaron hace un año.

—Justo el tiempo que llevamos desde la desaparición de Paul —gruñó el ingeniero. —Exacto... ¡Qué extraña desaparición! Ni un rastro, ni una carta, ni una seña... ¿Tú eras amigo suyo?

—Bastante —dijo el ingeniero—. Precisamente, cuando yo estaba trabajando en el cementerio de Ivry, en una cosa muy parecida a esta que hacernos ahora en el cementerio de Pantin, él vino una noche y me birló una calavera. Es un asunto ya olvidado, pero parece que esa calavera tuvo algo que ver con el hecho de que una mujer se volviera loca y acabara suicidándose.

El periodista que no rascaba una suspiró:

—¡Qué cosas!

—Escucha... ¿Cómo es que te dejaron sin trabajo? Tú no eras malo.

—¡Ejem! No fue por eso. No, nada de falta de oficio... Sencillamente, insulté al dueño.

—¿Por qué?

—Estaba hasta las pelotas de él.

—Todos estamos hasta las pelotas de algo y nos aguantamos, Renán. ¿Por qué tú no lo hiciste?

—Hum... Porque había ganado una apuesta fuerte en las carreras de Longchamps y me creía el dueño del mundo. No sé si te enteraste. Trescientos mil francos. ¿Pero qué ocurre con un tío idiota como yo cuando tiene trescientos mil francos? Pues que el tío idiota insulta al patrón y va y se queda en la calle. Además me lo gas té todo, ¿sabes? Estoy sin blanca. Me enamoré de una especie de diosa llamada Chris que...

El ingeniero hizo un gesto de hastío.

—La vieja historia. ¿Una fulana? —preguntó.

—Más bien la dueña de todas las fulanas de París. ¡Pero qué mujer! ¡Qué mujer, amigo! La verdad es que me dejó arruinado y encima sólo me pude acostar una noche con ella. Y no creas que valió mucho la pena. De vez en cuando se ponía a soñar no sé qué de una vieja calavera... Era como una pesadilla en voz alta.

—A lo mejor las calaveras le gustan como a aquella pájara que se suicidó.

—Puede que sí. Bueno, no es que se merezca nada, pero yo haría cualquier cosa por ella... Incluso llevarle una vieja calavera como obsequio. Oye, ¿de verdad son viejas?

—Claro. Se trata de un cementerio medieval como el de Ivry.

—Pues a esta calavera que hay aquí yo diría que le atravesaron la frente de un balazo. Y que pertenecía a una persona joven. Sí, ésa. La que has sacado hace un momento.

El ingeniero dirigió a aquel cráneo una mirada superficial, cargada de cansancio.

—Tiene muchos desperfectos —dijo—. Es vieja como las demás. Pero si tanto le interesan la antropología y la arqueología a esa zorra llamada Chris, puedes llevársela. Sí, esa misma... A mí me parece la menos interesante. Toma. Haz un paquete y... ¡largo!

El periodista tomó aquel cráneo con una especie de silencioso respeto.

—Además necesito trabajar —musitó—. Me gustaría hacer un reportaje sobre esto.

—Vuelve mañana. Quizá te pueda ayudar.

—Gracias, amigo.

—De nada... Ah... Y suerte con Chris.

—La veré esta noche —dijo el del traje raído—. ¡Vaya si la veré!...

Y se fue arrastrando los pies, con el paquete de la calavera bajo el brazo.

FIN